

# HOMILÍAS SOBRE LA MUJER

P. Ernesto Popelka



**Institución Dalmanutá**  
**Uruguay**

# HOMILÍAS SOBRE LA MUJER

P. Ernesto Popelka

Institución Dalmanutá  
Uruguay

Con las debidas licencias

Imagen de tapa: *Las dos Trinidades*. Bartolomé Murillo

# CONTENIDO

	<i>Página</i>
Presentación .....	4
<b>LA FE DE LA MUJER</b>	
17/08/08, Domingo 20º de Tiempo Ordinario, Ciclo A .....	5
<b>SANTA TERESA DE LISIEUX, MUJER</b>	
4/10/09, Domingo 27º de Tiempo Ordinario, Ciclo B .....	16
<b>DE LA MUJER A MARÍA</b>	
14/08/11, Domingo 20º de Tiempo Ordinario, Ciclo A .....	27
<b>“BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES”.</b>	
<b>LOS NIVELES DE LA MUJER</b>	
11/12/2011, Domingo 3º de Adviento, Ciclo B	
Vísperas de Nuestra Señora de Guadalupe .....	36
<b>LA MUJER Y LA MATERNIDAD</b>	
10/05/2012, Jueves de la 5ª Semana de Pascua .....	46

## *Presentación*

Las homilias que traemos a continuación fueron predicadas por el P. Ernesto Popelka en la Capilla Santa Teresita (en Tijuana, México), entre los años 2008 y 2012. Hemos seleccionado estas cinco prédicas en base a su temática en común, ya que van meditando y profundizando en diversos aspectos de la realidad de la mujer y lo femenino.

Y puesto que muchos ya han tenido ocasión de conocerlas y manifestarnos el provecho que han obtenido de su lectura, creemos oportuno presentarlas a nuevos lectores.

María Santísima, quien es Mujer, Esposa y Madre, es también quien inspira estas predicaciones. A Ella nos encomendamos, con total confianza, pidiéndole que nos ayude a permanecer siempre en el servicio amoroso de su Hijo, Jesucristo, nuestro Salvador.

# LA FE DE LA MUJER

(17/08/08, Domingo 20º de Tiempo Ordinario, Ciclo A)

Lecturas: Is 56, 1. 6-7; Sal 66; Ro 11, 13-15. 29-32

Lectura del santo Evangelio según San Mateo:

*Jesús partió de allí y se retiró al país de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea, que procedía de esa región, comenzó a gritar: «¡Señor; Hijo de David, ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio.»*

*Pero él no le respondió palabra. Pero los discípulos se acercaron y le rogaban: «Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.» Él les contestó: «Yo no he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.»*

*Ella se acercó entonces a Jesús y postrada ante él, le dijo: «¡Señor, ayúdame!» Él le respondió: «No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselos a los perritos.» Pero ella replicó: «Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe; que se cumpla lo que deseas.» Y en aquel mismo instante quedó curada su hija (Mt 15, 21-28).*

## **Introducción**

“*Qué grande es tu fe*”, le dijo Jesús a la cananea. Qué grande es el destino de la mujer, la vocación de la mujer, el papel que Dios otorgó a la mujer. Y probablemente, así como Dios puso una predilección tan especial en esa criatura, también la haya puesto el diablo desde el principio, por alcahuete, copión, poco original y envidioso, porque al no haberlo elegido Dios a él, entonces pretende romper todo aquello elegido por Dios. Se los digo porque desde el principio existe ese combate entre una selectividad muy particular de Dios y, al mismo tiempo, una elección también del diablo; lucha que se sigue de manera escatológica -como decimos en teología-, dado que el Apocalipsis dice que aun hasta el fin de los tiempos la “*mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies*” -como la imagen de la Guadalupana que tenemos aquí-, seguirá luchando contra “*la serpiente que es el demonio y Satanás*” (cf. Ap 12, 1-17 y 20,2 ss).

Por lo tanto, desde el inicio estamos ante ese acontecimiento cósmico, dramático, y también íntimo y particular. Es tan trascendente como tan simple, como la lucha diaria entre una tentación, un pensamiento, y la fe que tiene la mujer. El mismo combate universal y cósmico también se da en las pequeñas cosas.

Les decía al comienzo de la Misa que vamos a estar dedicando todo este vigésimo domingo del Tiempo Ordinario a esta reflexión, conscientización y exaltación de la figura de la mujer, poniendo por encima, y *“bendita tú entre todas las mujeres”* (Lc 1, 42) a María Santísima, a quien en estos días hemos venerado en todo el mundo en su ascensión al Cielo para ser coronada de gloria y majestad. María Santísima es la primera resucitada después de Cristo, y como los 15 de agosto la Iglesia entera celebra a Santa María, todavía vivimos los ecos de esa fiesta que se siguen repitiendo en nuestros oídos y en nuestro corazón.

También las lecturas de este domingo apuntan en ese sentido. La primera lectura, de Isaías, utiliza el símbolo de la casa *“mi casa es casa de oración”* (Is 56, 7) y no será destruida, ni enviada ni tergiversada, dirá Jesús (cf. Jn 2, 13-17), tomando por símbolo aquello que en el Génesis dijo Jacob: *“ésta es la casa de Dios y puerta del cielo”* (Gn 28, 17), *“domus Dei et porta cæli”*. Y esta frase, letanía, esta advocación de ser *“casa de Dios y puerta del cielo”* la Iglesia se la atribuye, naturalmente, a María Santísima. Porque Ella en su vientre - *“bendito el fruto de tu vientre”* (Lc 1, 42), que es Jesús- fue la primer casa de Dios en este mundo, el primer vehículo, el primer receptáculo, el primer lugar que Dios tuvo en el mundo para habitar (Jn 1, 14) y desde allí transmitirse al mundo entero.

Escuchamos canciones, lecturas del Antiguo Testamento y el Evangelio de hoy que exalta una mujer extranjera. Cuando empezamos a leer este pasaje de San Mateo, les dije que la región de Tiro y Sidón es al norte de la Palestina y que Jesús solamente salió dos veces de su país, Palestina. Una vez cruzó el Jordán y fue a la región de Gerasa, cuando curó a aquel endemoniado (Lc 8, 26-40; Mc 5, 1-21), y la otra vez fue ésta que acabamos de leer, cuando cruza a Tiro y Sidón, lo que actualmente es El Líbano.

Les digo esto porque Él no tenía primeramente por misión extender la fe al mundo pagano, sino que eso lo iban a hacer sus hijos, los

discípulos. Sin embargo, como excepción, se encuentra en Tiro y en Sidón, y por eso se muestra aparentemente tan despectivo o agresivo con esta mujer. Pero acabamos de ver “cuán agresivo fue”, ya que le duró dos minutos esa actitud, porque lo que está haciendo Jesús es ver hasta dónde le da la fe a esta mujer, como si dijera: “¿Qué te pasa? Pides, pides, pides, ¡y es lo único que haces!”. Y, como dice claramente, además es una extranjera. “No, yo no he venido para esta gente”, diría Jesús, “yo he venido para los hijos de Israel, éstos son extranjeros”. Luego vamos a ver que la Buena Nueva llega a todos los rincones del mundo, pero en principio no.

Escuchamos que la mujer insiste; insiste tanto que los aburre a los apóstoles y les grita -lo leímos, no es invento mío, yo sólo se los payaseo un poco-, por lo cual los discípulos le dicen a Jesús: “Hazle el favor, por lo menos para que se calle”. “No, ni para que se calle le voy a hacer el milagro”. Es más, ustedes perdonen, pero no son palabras mías son palabras del Evangelio, la trata de perra, lo dice así: “*No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselos a los perritos*” (Mt 15, 26). “Bien -le dijo la mujer-, no hay problema; pero a veces hasta los perritos comemos las migajas”. Entonces Jesús, diríamos, se sacó el sombrero y dijo: “Bendita tú también mujer, por tu fe; y por lo tanto se te va a cumplir todo lo que deseas y aun más, no nos vamos a quedar cortos”.

**I** A ese destino está llamada la mujer, por eso tiene un combate inicial con el diablo y por eso tantas veces pierde o tantas veces gana. Desde el principio, cuando Dios crea a la mujer con todo ese simbolismo que aparece en Génesis 3 -el barro, el agua, la costilla, el sueño, etc.-, el autor sagrado, que es un poeta muy fino, alegóricamente define **la creación de la mujer “en relación”**. Desde el momento de la creación, la mujer no tiene consistencia “en sí misma”, está creada “en relación”. Es una entidad -perdonen el ejemplo, con la mayor delicadeza se los digo- como el valor de una moneda, diríamos. ¿Cuánto vale el peso mexicano? Bueno, “en relación” al dólar, vale 10 pesos 1 dólar, en fin, “en relación” al euro de la Comunidad Económica o “en relación” al yen de Japón vale tanto. Es decir, unas veces tenemos valores en la vida por nosotros mismos y otras veces comparativamente. Somos más lindos o más feos, o más inteligentes, o más despiertos, “en relación” a otros. Ahora estamos viendo las Olimpiadas, y unos van más arriba, otros más rápido, otros más

lejos, en fin. Hay veces que tenemos valor por lo que tenemos en nosotros mismos y otras veces “en relación”.

Para hacérselas breve, la creación de la mujer es “en relación”. Primero, en relación a Dios Padre, que ejerce el rol de Creador; es el Padre quien crea. Entonces, en primer lugar, el rol de la mujer en relación al padre es el de hija, el de reconocerse hija. Por lo tanto, en relación al padre, debe reconocerse agradecida, obediente, respetuosa con quien le dio la vida, el Padre Dios, a través de su propio padre.

Segundo, en relación al hombre, que en el caso de la creación era Adán; la mujer tiene un rol, diríamos, de compañera, de complemento, de amiga, de socia con el hombre, de igual al hombre. No solamente en el rol de esposa, sino también en el rol de hermana, vecina, compañera de trabajo, de igual. Vamos a llamarle de compañera, así dice la Biblia: “Voy a crear una compañera para el hombre”, una compañía (cf. Gn 2, 22-23; 3, 12). Repito, no sólo en el carácter sponsalicio, sino también en el carácter amistoso, relacional, social, etc., que la mujer debe tener en relación al hombre, de igual a igual; desde el principio fueron hechos iguales.

Y, en tercer lugar, lo dice claramente la Biblia, la mujer también en relación al hijo, a lo que de ella va a nacer. Bendito sea Dios que la elige para semejante vocación y por lo tanto ahí tiene el rol de madre, que educa, forma, regaña, que es más que el hijo.

Esas funciones de hija, de compañera y de madre, son dadas por Dios para dignificar a la mujer. Pero cuando estos roles se entrecruzan, se mezclan, se confunden -cosa que ocurre a diario y de manera muy frecuente-, comienzan todos los problemas relacionales, los complejos, patologías, enfermedades, confusiones, entrecruzos, conflictos, etc. Precisamente cuando se confunden, dado que la mujer está creada “en relación a”, estos roles se transforman en problemas relacionales. Por ejemplo, cuando la madre en vez de ser mamá -valga la redundancia- de su hijo, actúa como igual a su hijo, ¡el hijo le camina por arriba!; o cuando la mujer, en vez de ser compañera o igual al hombre, actúa como hija, entonces el machismo abusa; o cuando tiene que ser hija de un buen padre, y actúa como compañera, o como madre, o de igual a igual. Esos entrecruzos entre ser hija de un marido o ser mamá de un marido, en lugar de ser la esposa de igual a igual del marido, hacen que en vez de criar tres

hijos, críe cuatro. ¡Díganme si no es así! Después se quejan de los matriarcados, cuando la madre en vez de ser madre de sus hijos, al revés, es hija o es hermana o es cómplice de sus hijos. A esos entreveros se les llama en inglés role playing, los cambios de roles, cuando en vez de ubicarlos correctamente se mezclan y van generando toda esa confusión, entrevero, nigredo y angustia de la vida comunitaria y de la vida relacional, lo cual empieza precisamente por esto, por no ser fieles al destino y a la vocación que Dios nos dio.

Ⓐ Brevemente les estoy comentando el **gran papel que la mujer tiene en relación con el hombre**. Pero el papel fundamental de la mujer no es solamente con respecto al hombre, sino también con respecto a toda la humanidad, sea con los hombres o las demás mujeres, por supuesto, porque es madre de un hijo o madre de una hija. “En relación” a otra persona, la mujer tiene a veces un papel fundamental en cuanto a la dignificación del hombre. Según cómo la mujer trate al hombre, va a ser el estímulo, la motivación, la dignidad, la meta. Gracias a ello, digo yo, salimos de las cavernas a cazar bisontes, ¡si no estaríamos haciendo dibujitos adentro de las cavernas! Porque vino la mujer a insistir y estuvo ahí enfadada: “no, viejo, ve a cazar que esto no nos alcanza”... y por lo menos para que se calle, salimos a cazar bisontes. Lo mismo aquí, los apóstoles le dicen a Jesús “por lo menos para que esta mujer se calle, hazle el milagro”; por lo menos para que no moleste, también el juez hace justicia a la viuda impertinente que le tocaba a la puerta (cf. Lc 18, 2-5). Esto no es para ridiculizar, al contrario, es para mostrar que las grandes conductoras de la humanidad han sido también mujeres; muchas han llevado la batuta, quizás de manera más anónima que el hombre, pero sin embargo han sido las que estaban por detrás.

Evidentemente, la mujer tiene un rol o un papel fundamental en cuanto a la motivación, el estímulo, la dignificación, pero también es cierto todo lo contrario, cuando a veces vemos en sus relaciones que por la opresión, la asfixia, la dependencia, arruina a sus hijos, arruina a sus maridos. Después ella se queja de que el esposo es “un inútil de dos patas”, como dice la canción. Pero, ¡y si fuiste tú la que lo hiciste así! No te quejes de lo que tú misma hiciste, porque tú podrías haber hecho a un gran hombre al lado tuyo, y sin embargo lo fuiste pisando y diciéndole que era un inútil desde hace mucho. ¿Para qué? Para que te hiciera caso. O

lo corrigiste, lo regañaste, o “le bajaste los humos” -según tú-, y después te quejas de que es un inútil. ¡Y si lo hiciste tú así! O lo hiciste con tu hijo, o tu hermano, o tu propio papá. Y por lo tanto, como Eva, engatusan al hombre en vez de estimularlo o motivarlo. Perdónenme ustedes, mujeres, que me entienden mucho más de lo que yo estoy diciendo, pero díganme si a veces, hasta mintiéndole un poquito para que se lo crea, luego resulte ser real lo que tú le hiciste creer. ¡Cuántas veces nos han tratado como lo que no somos y luego llegamos a serlo! Cuando nos dijeron “tú eres un genio”, “tú eres grande”, “tú puedes”, y nos lo creímos, con el tiempo realmente fuimos lo que nos hicieron creer hace un tiempo atrás. Entonces, vale.

Por lo tanto hay un papel clave de la mujer, tanto para la elevación como para la perdición del hombre. Hay un libro hermoso de un teólogo ruso, Paul Evdokimov, que se titula “La mujer y la salvación del mundo”, donde insiste en esto que yo les estoy diciendo: según cómo la mujer trate a la humanidad, la humanidad será. Porque ella tiene un papel clave en cuanto a la educación, a la formación, en cuanto a la estimulación. Recuerdo aquella alegoría del cuadro de Eugenio Delacroix, donde la mujer aparece con la bandera francesa llevando adelante las huestes, ¡qué cosa hermosa! Muestra simbólicamente cómo puede ser la figura femenina la que “enarbola los estandartes”, llevando adelante una familia, una comunidad y un país, en vez de quejarse, o criticar, o andar en el chisme o las habladurías, porque entonces vamos para atrás. De la actitud de la mujer va a depender su salvación o su perdición, no hay duda. Y no porque el hombre no tenga valor en sí mismo (si quieren otro día hablamos del hombre, varonil, con mucho gusto), pero hoy estamos hablando de la mujer para exaltarla y, primeramente, para tomar conciencia. Había un libro en Argentina, hace muchos años, que se llamaba “El varón domado”; domado por las competencias, por las rivalidades, por lo sadomasoquista, por las dependencias, por los machismos o los matriarcados, por los feminismos que, lamentablemente -¡para qué les voy a contar si saben mejor que yo!-, arruinan las comunidades, las almas, las familias y la humanidad entera.

**III Se dice, injustamente, que San Pablo sólo critica a la mujer.** A veces la critica porque habla de más, o la critica porque es provocativa; a veces la critica cuando trasmite o divulga curiosidades o chismes (cf. 1Co

11, 5-11; 14, 34-35; 1Ti 2, 9-11; 3, 11). San Pablo dignifica a la mujer en una oportunidad, cuando dice en Gálatas -¡como si fuera poco!-: *“de una mujer nació el Mesías”* (4, 4). Es la única vez que la exalta directamente, si no por lo general es crítico.

Bueno, no sólo el Apóstol es crítico, sino que la misma psicología contemporánea también lo es. Repasando brevemente los libros de psicología de Carlos Gustavo Jung o de la terapeuta francesa María Luisa von Franz, justamente vemos cómo plantean que en la psicología de la mujer, quien por fuera puede ser aparentemente muy sensible, femenina o discreta, por dentro hay como un espíritu o mecanismo -le llaman “animus”-, muy frío, calculador, intelectual, reflexivo, racional, reflejo, poco espontáneo, e incluso a todo eso le llaman el “sexto sentido” o la intuición femenina. Muchas veces ese carácter interior resulta hasta cruel, inflexible, pertinaz, tozudo, necio, y estoy usando términos del Antiguo Testamento para hablar también de la necedad o de la tozudez, o de esa perseverancia mal entendida, que aun sostiene lo que dice hasta la muerte, por más que esté equivocada. Sobre ese pensamiento interno de la mujer, dice el psicólogo que “suele tener razón, pero está fuera de la realidad”. Por ejemplo, mi mamá me dice: “Ernestito, ponte una bufanda y un abrigo para salir esta noche, porque si te agarra el frío te vas a enfermar de gripa o pulmonía”. Lo que dice mi mamá es cierto, pero se aleja de la realidad, porque “¡hace 40° de calor, mamá!”. “No importa, tú lleva un abrigo igual...”. Mi madre tiene razón en lo que dice, pero no tiene nada que ver con la realidad. Otro ejemplo es el de aquella alcaldesa de un pueblo que, al asumir, dice que lo primero que hará es cerrar todas las cantinas del pueblo porque son fuente de pecado, perdición y depravación. Entonces se acerca el secretario y le dice: “Señora alcaldesa, en este pueblo no hay cantinas, están en el otro pueblo”. Y ella responde: “No me importa, las cierro igual”. El discurso de la alcaldesa es razonable, pero no tiene nada de realidad... ¡en fin!

Lamentablemente, ese espíritu utilizado para el mal causa estragos y, sin embargo, utilizado para el bien, es causa de la conducción de la humanidad, de la sabiduría espiritual que tiene la mujer sobre el hombre. Un consejo en materia de la vida, en materia espiritual, de la mujer sabia, de la mujer inteligente, prudente y cauta, hace mucho más efecto en el hombre que una primera plana del periódico. Una palabra de estímulo, un

aliento, un consejo de mi madre, tiene mucha más fuerza en mí que salir en primera plana del periódico. Pues mañana salen nuevos periódicos y se olvida el de ayer; pero lo que me dijo mi madre no me lo olvido más. No sólo como hijo se los digo, como hombre también, lo que me dijo mi madre, o un ejemplo que me dio, o una imagen, no lo olvido nunca más.

**IV** De esa manera la Biblia va utilizando, a lo largo de todas las Sagradas Escrituras, distintas imágenes con respecto a la mujer. Primero de desconfianza, de sospecha, por lo de Eva (Gn 3, 6), por toda aquella presunción, desobediencia, crítica o “meimportaquismo”, una característica de los niños que usábamos en psicología, que es la actitud de “no me importa nada”, “I don't care” como dicen los gringos. Es decir, lo que Dios me dice me entra por un oído y me sale por el otro; yo hago lo que quiero, le digo que “sí, sí, sí, mi Señor”, “sí, sí, sí, mi Dios”, pero por dentro me burlo. Ese espíritu burlón, ese espíritu crítico, ese espíritu desobediente, es lo que entreveró a la humanidad desde el principio. Por lo tanto, al principio la Biblia sospecha de esas “modositas” actitudes, que te dicen “sí, sí, sí” pero, por dentro, “todo está fríamente calculado” - como diría el Chapulín-. ¡Qué te voy a hacer caso! Por dentro me burlo de lo que tú me digas, de lo que Dios me diga, ¡Santa María! Cuando estás apartada de Dios, muchas veces te crees más que Él.

Por eso, primero, la propia Biblia saca la ametralladora. ¿Por qué hace esto?, ¿porque le tiene miedo a la mujer, o porque no la quiere? Todo lo contrario. Es porque ella quizás no sabe a lo que está llamada. Y empiezan a aparecer en el **Antiguo Testamento** las imágenes de Sara (Gn 17 y ss), Rebeca (Gn 24 y ss), las mujeres de los primeros Patriarcas, que son ejemplo para la humanidad. Luego Rut, Ester, Judit, Susana (cf. Dn 13), la Sulamita del Cantar de los Cantares, la madre de los macabeos (2M 7), Rajab la de Jericó, antigua prostituta y sin embargo modelo de la libertad de Israel (cf. Jos 2 y 6). ¡Santa María, Madre de Dios! Todas estas mujeres del Antiguo Testamento condensadas también en la imagen de la Sabiduría que los escritores presentan como si fuera una mujer. Miguel Ángel, el gran pintor italiano, en el cuadro de la creación en la Capilla Sixtina, pone a la Sabiduría como una mujer junto a Dios Creador. También lo dice el libro de los Proverbios al final, o el Eclesiástico, hablando de la mujer ejemplar (Pr 31, 10-31; Si 24 y 26, 1-4). Por lo tanto, es ambivalente la crítica y la exaltación que el Antiguo Testamento hace de la mujer.

Y llegamos al **Nuevo Testamento** donde, para hacérselas breve -y no se preocupen pues yo ya me tomé el trabajo de buscar-, Jesús jamás critica a ninguna mujer. Es así; nunca criticó a ninguna, a todas les “buscó la vuelta”; a todas les encontró como un pretexto, a todas les dio como una nueva oportunidad. Salvo en una parábola, que es una alegoría, donde habló de las vírgenes imprudentes y necias que se habían olvidado el aceite para las lámparas (Mt 25, 1-13); pero es un cuento, ni siquiera es una mujer concreta. A todas las demás, Jesús nunca las criticó.

En su ascendencia (cf. Mt 1) cuando aparece la genealogía de Jesús, Él mismo no se avergüenza de reconocerse descendiente de Tamar (Mt 1, 3), una adúltera (Gn 38, 12-26); de Rut (Mt 1, 5), una moabita que venía de un pueblo incestuoso (Gn 19, 30-38) -es lo que les estaba diciendo antes del cambio de roles-; de Rajab (Mt 1, 5), una prostituta; de Eva, ella aparece en la ascendencia de Jesús (cf. Lc 3, 23-38); de Betsabé (que adulteró con David, cf. 2S 11). Yo siempre digo “las abuelitas” de Jesús, ¡Santa María, mira las abuelitas que tiene! Es el mismo Jesús quien, a lo largo de todo el Nuevo Testamento, como hoy lo vemos, exalta a la mujer. Recordemos a la samaritana (Jn 4, 5-42), a Magdalena, la que antiguamente era prostituta, ¡lo que hace por ella, le da todo! (Lc 8, 2; Mc 16, 9). También la adúltera a quien le dice “*ni yo te condeno*”, y el que tenga que decir algo de ella que tire la primera piedra (Jn 8, 3-11). Además la viuda que da dos monedas (Mc 12, 42-44), la hemorroísa (Mc 5, 25-34), la viuda de Naím, a quien le resucita su hijo (Lc 7, 11-15), porque “*tu fe te ha salvado*” les dice Jesús. Y esta cananea a la que trató de perra, y aun así le hace el favor del milagro. ¡Ni qué hablar de las tres Marías “*junto a la cruz de Jesús*” (Jn 19, 25)! Allí estaban María Santísima, María Magdalena y María la de Cleofás; las tres Marías, como la constelación que tenemos en el cielo.

Y respecto de la mujer en cuanto a la **escatología**, a la vida futura, ellas son las primeras que presencian la resurrección (Mc 16, 1-11); una mujer es la “*vestida de sol*”, en el capítulo 12 del Apocalipsis; otra mujer es la Esposa del Cordero (Ap 19, 7-8); otra mujer es la nueva Jerusalén (Ap 21, 9-10); una mujer también es figura de la Iglesia, ¡bendito sea Dios! Son figuras de mujer, con las cuales Dios quiere hacer una alianza.

Ⓟ Por lo tanto, **la mujer tiene el gran encargo de dar, a través suyo, la vida que es de Dios, de educar a la humanidad, de ser la compañera**

**de la humanidad y de transmitir la fe.** Ése es el gran destino que tiene la mujer: no solamente transmitir la vida física, sino transmitir la vida intelectual, afectiva y, fundamentalmente, espiritual, transmitiendo la fe, como la mujer del Evangelio de hoy, a la que el Señor le dijo: “*tu fe te ha salvado*”. Primordialmente ella está creada “en relación”, no tanto con el

ⓋI resto de la creación sino en **relación con Dios**. Les reitero que ése es el gran destino de la mujer: el de estar en relación, sí, pero no sólo con el resto de la humanidad, con aquello a lo que la mujer dio vida, educó y **trasmitió su fe**, sino en relación con Dios. Y por eso, la gran táctica o estrategia de la mujer es salir de sí misma, no pensar en sí misma, no entreverarse en sus pensamientos, no estar pendiente de lo que va a ganar o a lograr especulando con segundas intenciones o interpretaciones, que la llevan a creer que es más inteligente que Dios mismo, porque siempre “le ve la quinta pata al gato” y “entiende todo” (al menos eso es lo que ella cree). Al contrario, debe despojarse de todo lo que tenga que ver consigo misma y darse, entregarse, ser solícita. No se preocupen, porque a quien se da con generosidad, especialmente en relación a Dios, Él le retribuye de manera eminente.



Todo esto es lo que celebramos en la Asunción de María. Porque así como Ella se reconoció *“la esclava del Señor”* y dijo *“hágase en mí según tu palabra”* (fiat mihi secundum verbum tuum, Lc 1, 38), fue la modelo de la fe, como Isabel se lo reconoce: *“Dichosa tú porque has creído”* (Lc 1, 45). Ese gesto de fe de María para con respecto a Dios es lo que le permitió a Él revestirla de gloria y de majestad, exaltarla a los cielos, es decir, “saltar más arriba de”; “ex”, en latín, significa “más que”, por tanto exaltar significa ponerla en lo más alto, ponerla en la cúspide.

## María

De ese modo, entonces, ya que todavía vivimos el eco de la fiesta de la **Asunción de María Santísima**, no solamente como hijos nos alegramos por su exaltación. Ella es, en relación a Dios, la Hija obedientísima de Dios nuestro Padre; también es la Esposa amorosísima del Espíritu Santo, con quien engendraron a Cristo; y asimismo es la Madre amantísima de su Hijo Jesucristo, como lo habían profetizado las Escrituras anticipando que cuando nazca de una doncella el Redentor, cambiarán los tiempos (Is 7, 9 y 11; Mi 5). María Santísima es grande a los ojos de Dios, porque se entregó con fe. Por eso, no solamente fue la Madre de Dios, ¡bendita sea!, que es la gran dignidad de María y así la gran humilde fue la más exaltada, sino que también María Santísima pasó a ser Madre de todos nosotros, como Jesús se lo dijo en la cruz, en la persona de Juan, *“he ahí a tu hijo”* (Jn 19, 26). Ella es la nueva Eva no sólo Madre de los vivientes sino Madre de los que creemos y esperamos resucitar con Cristo. Que María Santísima no sólo acompañe, bendiga, ilumine, fortalezca, exalte, sino que también agradezca -como sólo Dios a través de su Madre puede agradecer- a todas las mujeres aquí presentes o representadas, que en María y en la Iglesia tienen su modelo. Que Ella nos siga educando como catequista y transmitiendo la fe a nosotros, a toda la humanidad, que tanto la necesitamos; y que, como la nueva Jerusalén que nos espera en el Cielo, pido a Dios que también María nos reciba, como Madre amorosa y clemente que es, en el Reino de los Cielos para nuestra salvación. Que así sea.

# Santa Teresa de Lisieux, mujer

(04/10/09, Domingo 27º de Tiempo Ordinario, Ciclo B)

Lecturas: Gn 2, 18-24; Sal 127; He 2, 9-11

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo, la protección de María Santísima, nuestra Señora de Guadalupe, mujer, y hoy especialmente, que también la protección de nuestra patroncita, santa Teresita del Niño Jesús -cuya fiesta celebrada el 1º de octubre la trasladamos a este domingo patronal que va a tener festejos a lo largo de todo el día- y, dicho sea de paso, también a san Francisco de Asís, para no olvidarnos que el 4 de octubre es su día, vamos a pedirles su protección. Que toda esta gracia de Dios, primeramente, y luego de sus santos, encabezados por María Santísima estén, queridos hermanos, con todos ustedes.

Dándoles la bienvenida los invito a pasar un domingo removedor y también provechoso para nuestras vidas, no sola-mente emotivo, alegre y simpático -que descontamos que así va a ser-, sino especialmente provechoso. Así como decimos “que todo el año sea Navidad”, también queremos que todo el año esté inspirado en los grandes ejemplos de los santos que nos antecedieron en el camino de la Redención, y hoy vamos a meditar especialmente en el carácter femenino de santa Teresita. Ella tiene muchas virtudes y cualidades que hemos venido desgranando en estos días previos en las Misas del triduo patronal; pero hoy, no sólo porque se inspira en su santa Madre la Iglesia, en la cual ella quería ser el amor, y en María Santísima, Madre de Dios y Madre de todos nosotros, sino también para que ilumine con su femineidad a todas las mujeres que llevan consigo el don de la vida dado por Dios para la humanidad, y también el don de la educación en la vida humana y en la vida de fe de todos nosotros sus hijos.

Con esas intenciones, con gozo y alegría, celebrando a nuestra patroncita que nos conduce a Dios, como recién rezábamos, por supuesto que es lo que “*nos conduzca a tu casa*”, lo que “*nos guíe hacia Ti*” (Sal 43, 3), de eso trata la vida de los santos para que confiemos y nos apoyemos sólo en Dios, vamos a iniciar esta Eucaristía como todos los domingos hacemos, con la humildad de nuestros corazones, reconociendo nuestros pecados.

## Lectura del santo Evangelio según San Marcos:

*En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su esposa?». Él les respondió: «¿Qué les prescribió Moisés?». Ellos contestaron: «Moisés nos permitió el divorcio mediante la entrega de un acta de divorcio a la esposa». Jesús les dijo: «Moisés prescribió esto debido a la dureza del corazón de ustedes, pero desde el principio, al crearlos, Dios los hizo hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre, a su madre y se unirá a su esposa, y serán los dos una sola carne, de modo que ya no son dos sino una sola carne. Por eso, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre».*

*Ya en casa, los discípulos le volvieron a preguntar sobre el asunto. Jesús les dijo: «Si uno se divorcia de su esposa y se casa con otra, comete adulterio contra la primera; y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio».*

*Después de esto, la gente le llevó a Jesús unos niños para que los tocara, pero los discípulos trataban de impedirlo. Al ver aquello, Jesús se disgustó y les dijo: «Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios es de los que son como ellos. Les aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él».*

*Después tomó en brazos a los niños y los bendijo imponiéndoles las manos (Mc 10, 2-16).*

## **Introducción**

Tomamos asiento y esperemos que al rato estemos tomando alguna otra cosita para “calentar el garguero”, como dicen allá en mi pueblo, para brindar no solamente por santa Teresita que hoy bajó un poco más hacia nosotros<sup>1</sup>, sino que esperemos especialmente brindar por lo que significa este símbolo, que es el motivo central de la celebración patronal: estar bien cerca de los santos para que se nos pegue un poquito de su santidad.

Nuestra patroncita no está allá arriba por causa de ella, sino más bien por causa nuestra, porque a veces con tantas flores y homenajes que le

---

1: La imagen de santa Teresita se colocó ese día delante del altar en un pequeño pedestal, quedando así “al alcance de la mano”.

hacemos parece que en el fondo le dijéramos: “tú quédate allá arriba, que nosotros nos quedamos acá abajo”. Lejos de eso es la función de los santos. Es más, en su vida, esta niña decía expresamente que su misión, si Dios le concedía estar en el Reino de los cielos, iba a ser estar permanentemente abogando por los hombres. Quiere decir que, aquélla que en su vida se recluyó en la celda de un monasterio, sin ver a nadie más que a las poquitas hermanas con quienes vivía, sin embargo es una de las más poderosas intercesoras de la humanidad. ¡Qué gran misterio es ése! Qué gran misterio el del amor, que todo lo puede, que trasciende obstáculos, fronteras, límites y no se arredra ante las dificultades sino que, elegantemente -y eso es algo que lo caracteriza-, el amor pasa por encima, salta brioso y supera todo, unifica todo, más allá de divisiones, de distancias, de enfermedades y aún hasta de la muerte (1 Co 13, 4-8; Ct 8, 6; Ro 6, 9). Y ése es el testimonio de Teresita.

Por lo tanto, ¿qué haremos?, ¿quemaremos cohetes? Pues sí. Quemaremos y tronaremos cohetes, aventaremos confeti, saltaremos en el brincolín, cantaremos con el mariachi, bailaremos con el folclore, todo lo que ustedes quieran, no hay ningún problema, siempre y cuando todo eso sea para que se nos pegue la santidad de Teresita. Y si no se nos pega algo, entonces todo lo que hagamos será “fuego de petates”<sup>2</sup>, “mucho ruido y pocas nueces” dirían también en mi pueblo. Fiestas patronales que tienen que estar caracterizadas por el ansia de santidad; y si no es así, pues no será más que puro papelito al viento.

Agradecemos a todas las personas que tanto han colaborado para las fiestas patronales, desde donaciones, trabajos, obras, tiempo y hasta una oración al cielo para que todo sea con bien. Agradecemos a todos por los arreglos, pero si no está el contenido, si no están las ganas de que se nos pegue un poquito de santa Teresita, repito, a todas las banderitas, papeles y mariachis los va a agarrar el viento y se los va a llevar mar adentro. ¡Y bien que se los lleve, si es que no nos deja santidad, ejemplos de vida, caridad, arrepentimiento y cambios para la gloria de Dios!

① A lo largo del triduo patronal, como a lo largo de todo el año, **siempre enfocamos algo de Teresita**. Quienes estuvieron participando en las Misas habrán escuchado que hace poco pusimos una fuente de agua y en ese momento señalamos a nuestra patroncita como símbolo de la pureza

2: En México, el petate es una esterilla que se quema rápido y no deja brasa.

espiritual y por eso la asociamos a la Inmaculada Concepción de María. Otro día, con lo de los niños, también pusimos a Teresita como prototipo, no sólo porque es “del Niño Jesús”, o por su mismo nombre de “Teresita”, sino también por la infancia espiritual que ella había inaugurado en la Iglesia y en el mundo. Y la hemos mencionado como protectora de los niños, aunque no está declarada patrona, pero sí lo es por su infancia espiritual; o también protectora de la juventud, como una vez la propuso Juan Pablo II, junto a san Luis Gonzaga y santa María Goretti. Y, naturalmente, es la patrona de las misiones católicas, junto a san Francisco Javier. Ella es también reformadora del Carmelo y asimismo fue Maestra de novicias, o sea, muy buena consejera, a pesar de tener 20 ó 21 años cuando la nombraron Maestra de novicias. Murió a los 24 años, muy jovencita. Pero a los 21 años aconsejaba no sólo a las monjitas que tenía bajo su cuidado, sino también al mundo entero a través de las cartas que escribía. Eso es ser maestra, eso es ser consejera. Y muchas cosas más. Así que de muchos modos hemos venido invocando a Teresita para que nos ilumine, para que nos fortalezca, para que se nos pegue o nos contagie con esa cantidad de virtudes y gracias que Dios le regaló: la simplicidad, las pequeñas cosas, la alegría interior, el martirio, la cruz que lleva ahí en su pecho.

Ⓜ Pues bien, en el día de hoy, dejando de lado todas las demás virtudes, la vamos a estar contemplando y pidiéndole que exalte para el mundo y también para cada uno de nosotros, **su característica de ser mujer**. Con todas las letras. Y por eso se los puse en la cartelera también. Ella tiene muchas características, pero hoy la queremos reconocer y exaltar como mujer, con todo lo que eso significa, no solamente desde el punto de vista fisiológico o meramente de género, sino también con todo ese sentido espiritual y también salvífico que tiene el concepto de la mujer en el mundo.

Repasando las lecturas de hoy, fíjense que la antífona de entrada, la primera oración de esta Santa Misa, precisamente está tomada del Libro de Ester, una mujer. Dice así: *“Todo depende de tu voluntad, Señor, nadie puede resistirse a ella; Tú has hecho los cielos, la tierra, las maravillas que contiene; Tú eres el Señor del universo”* (Est 13, 9.10-11). En este texto estamos aludiendo a una mujer que exalta la grandeza de Dios.

Leímos en el libro del Génesis la creación del hombre y de la mujer en su complementariedad, en su destino común, en su asociación no sólo para engendrar la vida sino para engendrar la fe. Porque para engendrar la vida, perdónenme, con todo respeto se los digo, no hay mucha ciencia. Pero para el acompañamiento diario a lo largo de toda la vida, el permanente educar, guiar, sufrir y alegrarnos de lo que es la descendencia, añadiéndole la educación en la fe, como siempre decimos en los bautismos, entonces ahí sí estamos hablando de la paternidad y la maternidad.

El salmo de hoy se utiliza muy a menudo en las bodas, precisamente con la antífona: *“Dichoso el que teme”* o *“ama al Señor”* (Sal 112, 1; 128, 1), se habla también de que *“su mujer será como vid fecunda en medio de su casa, sus hijos como renuevos de olivo alrededor de su mesa”* (Sal 128, 3), toda una exaltación de la mujer en el seno del hogar y de la familia. Y ni que hablar en el Evangelio de hoy, donde el propio Jesús dice que han nacido para la complementariedad: *“lo que Dios unió, que no lo separe el hombre”*. Y no solamente hablando del divorcio, de los matrimonios o de las parejas, gran tema, gran dificultad y gran desafío para la Iglesia, sino de todo aquello que Dios ha unido, para que no lo separe el hombre: ser uno con sus ideales, uno con su fe, uno con sus compromisos, uno con su fidelidad, porque no sólo se trata de la relación con la esposa o con el marido, pues uno también se compromete con sus convicciones, con la amistad, con la responsabilidad, con los principios. Bueno, también a eso se aplica *“lo que Dios unió, que no lo separe el hombre”*. Porque cuando los cristianos nos comprometemos lo hacemos también ante Dios y, por lo tanto, el Evangelio de hoy se aplica no sólo a esa dificultad o desafío -apasionante desafío-, de la unión entre el hombre y la mujer -¡bendita sea, porque de ahí venimos todos a la vida!-, sino, repito, no sólo a la unión entre el hombre y la mujer sino a todo aquello que Dios ha unido, para que no lo separe el hombre.

Hoy estamos enfocando a Teresita en esa dimensión femenina de complementariedad. En el Génesis, a Eva le llamamos *“madre de todos los vivientes”* (Gn 3, 20), porque de allí también nos viene la vida, no sólo la vida biológica sino también la vida espiritual. De ahí nos viene la catequesis y las primeras oraciones, como anteayer recordábamos celebrando al Ángel custodio. Pues quizás fue mi mamá, mi vecina, mi abuelita, o la catequista, quien nos haya enseñado aquella primera oración

del Ángel de la guarda. Así que de allí nos viene la educación en la fe.

Y en la Iglesia, sobre ese tema de la femineidad, mucho se ha meditado, discutido, rezado, cantado y hasta escrito. Por ponerles un ejemplo, menciono “La mujer y la salvación del mundo”, una obra del teólogo ruso Paul Evdokimov, hermosísimo texto sobre el destino trascendente que tiene la mujer, desde su simplicidad, desde su sencillez, sin necesidad de ocupar grandes puestos en el mundo, porque aun cuando tiene todas las condiciones para hacerlo, la mujer no necesita ocupar grandes puestos para influir de manera determinante en el mundo. Con todo respeto, pero como hijo se los digo, una palabra o un consejo de mi mamá, dicho así nomás como al pasar, tiene mucha más fuerza que cincuenta órdenes de militares, gobernantes o políticos. A los políticos les digo “sí, sí, sí”, o a los militares, o al que tiene armas, hasta les hago la venia, pero me entra por un oído y me sale por el otro, si es que no tienen razón. Pero un consejo de mi mamá, es dogma... ¡si es que tiene razón mi mamá, tampoco es que se vuele, no es el Dogma de la Santísima Trinidad! La mujer tiene una capacidad de incidir, de cambiar y de modificar. Quizás ni ella misma se dé cuenta, y piense, equivocadamente, que con más ruido, con más influencia, con más intervenciones, tiene más injerencia que con su sola palabra y con su sola presencia.

Por lo tanto, para hacerles el cuento breve, la influencia y la vocación que tiene la mujer en el destino del mundo es clave. Pero desde un puesto distinto al del hombre. No andemos peleándonos porque uno se sienta de un lado y la otra del otro. Eso es peor que lo que hacen los niños, que se andan peleando por quién es el primero, quién es el segundo y quién es el cuarto. Como aquellos apóstoles que le preguntaron a Jesús quién es el más grande en el Reino de los cielos y Él les dijo: tienen que ser como niños (Mt 18, 1-4), y quienes se anden peleando por un puesto, bueno, cuando terminen de pelear me avisan; y si por pelear pierden el rumbo, es problema de ellos, no es problema mío. Que si la mujer es más importante, que si él es gerente, que si ella no lo es, que si le pagan más o le pagan menos... Es cierto, todos somos iguales en dignidad, pero con puestos distintos. Ni yo envidio la maternidad que nunca voy a tener, como espero que la mujer no envidie nunca la paternidad que nunca va a tener, por ejemplo. Porque son roles diferentes, ambos complementarios en la igualdad de la dignidad, pero con funciones distintas. Y no pasa

nada. No hay tareas que sean más o menos importantes. Les acabo de decir que un consejo de una mujer tiene mucha más potencia y mucha más fuerza que cincuenta órdenes de gobernantes, “¡mira cómo tiemblo!”. Les diré que sí para que crean que les obedezco, pero si no hago caso a lo que me dijo mi madre, ¡santo cielo!, parece como que transgrediera la voluntad de Dios.

Otros libros hermosísimos son “El eterno femenino”, de Teilhard de Chardin, o “El rostro materno de Dios”, de Leonardo Boff, que aluden a María Santísima, obviamente. Les hago un breve comentario de cómo esa función materna, desde Eva hasta María y naturalmente encarnada en Teresita, ha tenido en el seno de la Iglesia una dimensión trascendente y decisiva. Quizás diferente a la que tuvo, por ejemplo, Pío XII, que era el Papa, pero ¡díganme ustedes si no influyó en el mundo tanto Juan Pablo II como la Madre Teresa de Calcuta! Y perdónenme, o no, pero la Madre Teresa de Calcuta no recibió dos de los sacramentos que muchos de ustedes recibieron y que yo recibí, que son el Sacramento del Matrimonio y el Sacramento del Orden Sagrado. La Madre Teresa de Calcuta no pudo recibirlos por la condición de vida que eligió vivir. Y ¿es menos que alguno de ustedes, o es menos católica que yo? ¡Por favor! Esta santa se puso el nombre por Teresita, justamente, en honor a la Teresa de Lisieux y no sólo a la Teresa de Ávila. Sin embargo, nunca se casó por Iglesia y nunca fue ordenada sacerdote.

Por lo tanto, hay influencias que son poderosas en el mundo entero. Cada uno desde su lugar, cada uno desde su función. Pero para lograr esa función de la mujer, no solamente basta con nacer mujer, sino que también hay que hacerse mujer. Sí. Como el hombre también. Primero se nos da un sexo, o un género, o una serie de cualidades, pero luego “ponte a trabajar”. “Ayúdate que te ayudará”, dice el refrán, pues es necesaria la ejercitación, el entrena-miento, el desarrollo, el progreso de las cualidades que Dios nos dio. Como dice la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30), que al que recibió cinco talentos el Señor le dio otros cinco y le hizo entrar en el gozo del Reino del Padre, pero al que enterró el talento recibido le dijo: “¿no lo hiciste producir, lo dejaste raquítrico, atrofiado o sin desarrollo? Te lo voy a quitar y se lo voy a dar al que tiene más. ¡Qué injusto! Injusto eres tú, porque yo te di esto para que lo desarrollaras y esa fue claramente la condición. Yo cumplí lo mío, tú no cumpliste lo tuyo.

Así que te voy a sacar el talento y se lo voy a dar al que tiene cinco. ¿Para qué? Para que tenga más. Eso no es injusticia, es caridad”.

III) Así que también se necesita un desarrollo para ser plenamente mujer, madura, adulta, experiente, profunda. Santa Teresita lo logró con menos de 24 años. Y por lo tanto, especialmente en la mujer, que tiene tantas cualidades o tantas características, hay una en la que hasta la psicología insiste de manera fundamental, que es el trabajo, el cuidado y el entrenamiento de su pensamiento, de su cabeza, de sus ideas, de sus interpretaciones. Curiosamente, en la historia de la humanidad, a Teresita del Niño Jesús, junto a otras dos mujeres nada más, la nombraron **Doctora de la Iglesia**, entre otras cualidades que tiene Teresita. ¿Qué significa ser Doctora de la Iglesia, junto a Catalina de Siena, la italiana y a Teresa de Ávila, la española? Significa que Teresita con su modo, con su manera simple, sencilla y hasta infantil de vivir, pautó, dio doctrina, hizo escuela, dejó experiencia, aconsejó, guió, es decir, generó un movimiento. No fue santa sólo individualmente, sino que además de ser santa a los ojos de Dios, al mismo tiempo, generó una escuela de influencia para otros, para todos los demás. Y claramente la espiritualidad de Teresita, la espiritualidad carmelitana vivida por Teresita con su infancia espiritual, mediante su consejo, sus escritos, sus cartas, sus obras, generó una escuela. A eso la Iglesia lo reconoció y la nombró Doctora de la Iglesia.

Al mismo tiempo que el ser Doctora de la Iglesia habla de esa influencia en el mundo entero, también significa que ella logró dominar, controlar y encauzar positivamente, para la gloria de Dios, su cabeza, su mente, su pensamiento, que es mucho más difícil en la mujer que en el hombre. Nosotros tenemos otras tareas: tenemos que controlar nuestro afecto, nuestra emoción, nuestras pasiones, lidiares toda la vida con eso y ojalá podamos domar las pasiones para la gloria de Dios y



también para el beneficio de nuestros hermanos.

Pero la mujer debe lidiar con su cabeza, con sus dobles intenciones, sus interpretaciones, sus sospechas, sus dudas, su “ver la quinta pata al gato”, su “intuición femenina”, porque a todo ese matete o mezclera todavía le llaman “sexto sentido”, a todo eso: “que me dijo, que me parece, que detrás de eso, que me quiso decir, que quiere decir de que estás pensando”... y sigue sumando. ¡No, por Dios! Y en vez de aclarar, ordenar, distinguir, esto vale y esto otro no vale, esto es cierto y esto es mentira, pues no, le seguimos echando combustible a la máquina, y conversamos con la otra, y hablamos con fulano y leemos en el periódico, y escuchamos algo en la tienda, y marcamos en el celular... ¡Ay, santa María! Así le pones presión y cuando llegó el marido a la casa le lanza un “¡qué te pasa cretino!”. Todo el día estuvo la mujer hablando con uno, con otro... Estoy caricaturizando, no quiere decir que siempre es así. A eso se le llama el pensamiento descontrolado, lo cual está muy estudiado; es muy científico lo que les digo y, como dice un autor muy conocido en psicología, muchas veces ese pensamiento hasta tiene razón, pero no tiene nada que ver con la cuestión que estamos tratando. Capaz que el pensamiento es lógico, pero se aparta absolutamente de la situación real. Por eso les digo que, a veces, se dan situaciones ridículas, pero no te pongas a discutir porque pierdes; aunque se esté ahogando te va a mantener lo que sostiene, así se muera. Por lo tanto, no entres a discutir<sup>3</sup>.

Entonces, hay que trabajar eso: el pensamiento, las ideas, la interpretación, las razones, los argumentos. Es fundamental. ¿Para qué? Primero para la limpieza, para el orden, para la paz y para que esos pensamientos no te atormenten a ti, ni te hagan daño. Porque la angustia, el insomnio, la ansiedad, las preocupaciones, a veces están más infladas que lo que la realidad te marca. Y esa percepción no te la da la realidad, eso te lo da la cabeza, que es como un monstruo que tiene dos funciones: te puede hacer mucho bien o te puede hacer mucho mal. Estas Doctoras de la Iglesia de las que hoy hablamos lograron dominar su pensamiento, no le soltaron las riendas sino que lo guiaron. ¿Para qué? Primero, para lograr que te haga feliz y luego también para que haga feliz al prójimo, con claridad, con simplicidad, con transparencia, con la verdad, con lo directo,

---

3: Se está refiriendo al concepto psicológico llamado animus por Jung y von Franz en “El hombre y sus símbolos”.

y no con lo chueco, lo torcido, lo escabroso, lo confuso, lo laberíntico.

Naturalmente que Teresita aprende de María Santísima, aprende de nuestra Santa Madre la Iglesia, pero también aprende de prototipos como Ester, Ruth, Susana, la madre de los macabeos, en fin, ¡tantas mujeres! Por lo tanto, hay mujeres en el Antiguo Testamento que están preparando y predisponiendo la educación de la mujer del Nuevo Testamento que, repito, inaugurado por María Santísima, luego se proyecta en innumerables santas. Entonces, si te preguntas cómo hacer, te digo: “y bueno, aprende”. Hay modelos, hay cursos, hay prototipos, hay oportunidades, no es solamente decir: “¿y cómo le hago?”. Para quien tiene buena voluntad, es cierto aquello de que “el que busca encuentra”. Así que Teresita, de la cual muchos y muchas llevan su nombre, es un prototipo para el aprendizaje no sólo de la mujer, como las aquí presentes, sino también hasta de lo femenino que los hombres tenemos dentro, porque también necesitamos por dentro una mujer caritativa, alegre, bonita, entusiasta, pero firme y que me conduzca al progreso, y no vaya a saber a dónde.

**IV** Finalmente, y como no puede ser de otra manera, **Teresita ilumina a la mujer actual** que es madre y que, a pesar de las dificultades, lleva con orgullo o el niño en su vientre, o el niño de su mano, o el niño en su carriola y, por lo tanto, más allá de las dificultades que pueda haber, Teresita también ilumina la maternidad de quienes hoy detentan esa sagrada misión de madre. Ella, desde su convento, fue madre espiritual de un seminarista misionero que se iba a ir al África y que ella protegió con sus oraciones, con sus consejos y con sus cartas, pero también fue madre de un delincuente, a quien escribía a la cárcel para que se convierta y lo aconsejaba, como una buena madre que puede tener un hijo preso. O como la Madre Antonia, aquí en Tijuana, ¡bendita sea!, querida y conocida por muchos de nosotros, que es el “ángel de la cárcel”. Así que también Teresita ilumina la maternidad, en todas las dificultades, en todos los problemas o alegrías que puedan dar los hijos.

Teresita también ilumina a la mujer trabajadora. A la mujer que con poco tiempo tiene que atender la casa, criar los hijos, ir al trabajo, conseguir el dinerillo, compartiéndolo con su marido o soportando sola el presupuesto. Teresita era batanera, lavandera; era también la jardinera; siempre estaba atareada dentro del convento, imagínense, pero no sé si

por las tareas que tendría o para participar en la vida y el destino de tantas mujeres, que a veces no saben cómo hacer para “parar la olla”, para pagar la renta, para darle de comer dignamente a sus hijos.

Teresita también acompaña a la mujer sufriente, humillada, abusada o abatida, porque ella, en la escena que tenemos acá, abrazada a la cruz, siempre buscaba el martirio, siempre buscaba imitar a Cristo en el sufrimiento, en el dolor, para acompañar especialmente a la mujer que sufre. Pero Teresita, por sufrir, no dejó de sonreír. También acompaña a la mujer alegre, contenta, feliz, la que quizás con poco se conforma, no porque no merezca más, ojalá Dios le multiplique todo eso, sino porque a veces con lo que tenemos ya podemos ser felices, y no solamente mantener el buen ánimo y el buen humor, sino hasta transmitirlo al prójimo, que tanto necesita de la humanidad. Más que correcciones y regaños -que bienvenidos sean todos-, pero un aliento, una sonrisa, ¡Santa María!, a mí me estimula, se los digo como hijo y como hombre, me empuja mucho más que cincuenta regaños. Los regaños, como les dije, son importantes; pero una sonrisa, un aliento, un estímulo, son cincuenta regaños multiplicados por diez.

Finalmente, queridos hermanos, ¿en quién se va a inspirar Teresita, sino en **María Santísima**? Porque en el destino de la mujer, de María, de la Iglesia, de las santas, siempre resplandece Cristo, siempre resalta Cristo y no ellas. Como la mujer del salmo: alegre, contenta, pero al final como en ese segundo lugar, no para que surja el hombre, sino para que surja Dios; en definitiva, la Santísima Trinidad, para que Dios sea glorificado. “*Mi alma glorifica al Señor*” (Lc 1, 46), dice María Santísima, no a mí misma; por más que todos veneramos a María, y hoy veneramos a Teresita, para que resalte Cristo, verdadero motivo, objetivo y meta del destino femenino en la humanidad, de santa Teresita, de María Santísima y de nuestra Santa Madre la Iglesia. Que Teresita y todas las santas no solamente nos acompañen en este día, que pasemos realmente una fiesta patronal con gozo, con provecho, “para que nos dure”, sino también a lo largo de toda la vida, para que al final de los tiempos, definitivamente, tanto el hombre como la mujer, exaltada en este día, nos descubran el verdadero objetivo de la humanidad, que es Dios encarnado en Jesucristo, el Hijo de María, el Esposo de Teresita y nuestro Salvador. Que así sea.

# DE LA MUJER A MARÍA

(14/08/11, Domingo 20º de Tiempo Ordinario, Ciclo A)

Lecturas: Is 56, 1.6-7; Sal 66,2-3.5.6.8; Ro 11,13-15.29-32

Lectura del santo Evangelio según San Mateo:

*Jesús partió de allí y se retiró al país de Tiro y de Sidón -otro país, en aquella época Fenicia, hoy día El Líbano-. Entonces una mujer cananea -extranjera-, que procedía de esa región, comenzó a gritar: «¡Señor; Hijo de David, ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio.»*

*Pero él no le respondió palabra. Pero los discípulos se acercaron y le rogaban: «Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros.» Él les contestó: «Yo no he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.»*

*Ella se acercó entonces a Jesús y postrada ante él, le dijo: «¡Señor, ayúdame!» Él le respondió: «No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselos a los perritos.» Pero ella replicó: «Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, qué grande es tu fe; que se cumpla lo que deseas.» Y en aquel mismo instante quedó curada su hija (Mt 15, 21-28).*

Les deseamos que tengan un muy buen domingo y una mejor fiesta de María Santísima, y que Ella los acompañe, interceda por ustedes y los proteja a lo largo de sus vidas. Al mismo tiempo que disfrutamos y nos gozamos como hijos de María al verla exaltada a los Cielos, asunta a los Cielos, resucitada y glorificada como sólo Dios puede hacerlo, asimismo tratamos de imitarla, de seguirla o de adoptar también sus características. Por eso hoy, en vísperas de la Asunción de María -mañana 15 de agosto, Santa María, dogma de la Asunción proclamado por Pío XII, por lo tanto es una fiesta dogmática y central de la fe católica-, nosotros nos adherimos a esta fiesta, repito, para exaltarla a María pero también para que se “nos pegue”.

Con el Evangelio que acabamos de leer, fundamentalmente

quedamos como sorprendidos por más que lo conocemos desde pequeños, porque por un lado está la insistencia de esta mujer, por otro lado la respuesta tan chocante de Cristo que la trata -no lo digo yo, lo dice el Evangelio- como a un perrito: “*esto es comida para los hijos, no para los perros*” (cf. Mt 15, 26). ¡Santo cielo! ¿no?, es muy duro. Primero, Jesús ni le contesta, dice el evangelista: “*Jesús no le respondió ni una sola palabra*” (cf. Mt 15, 23). Segundo, cuando ella insistió, Jesús le dijo: “la comida es para los hijos y no para los perros”. Pero ni aún así se arredró la mujer, porque se dio cuenta que eran las pruebas, nada más, de ese corazón misericordioso, generoso y magnánimo de Cristo que quería regalarle a ella no sólo con la curación de su hija -lo cual inmediatamente se lo otorgó- sino, además, hacerla tan conocida y famosa que hasta el día de hoy la cananea que insistió a Jesús es motivo de reflexiones, de comentarios, de exaltación por parte de toda la Iglesia.

Y lejos de exaltar la necedad, la tozudez o esa terquedad de la mujer -así le fue a Eva, que por terca se quedó sin Dios, sin el Paraíso y sin nada (cf. Gn 3, 24)-, todo lo contrario, estamos exaltando la perseverancia confiada en la misericordia de Dios. Parecen actitudes similares, pero no tienen nada que ver; una actitud nos conduce al infierno, la otra nos conduce al cielo, ni más ni menos. Si no encontramos la diferencia -es como decir entre lo blanco y lo negro qué diferencia hay-, pues bien, una te conduce a la muerte, la otra te conduce a la vida. Por un lado, la necedad, la tozudez, la terquedad conducen a la muerte; así le va a la mujer que a veces hasta por mantenerse en sus “principios” o “convicciones” abandona sus responsabilidades, sus hijos, sus vínculos y hasta a Dios;... y así le va. Y por otro lado, como a esta mujer, la perseverancia fiel, como la de María Santísima, la conduce al Reino y, repito, no sólo tiene todo lo que quería sino aún muchísimo más.

Y eso nos invita a repasar las características fundamentales que tiene la psicología femenina.

① En primer lugar, la psicología femenina o el destino de la mujer en el mundo, o su caracterología, la hace **una criatura de Dios en relación**. O sea, claro que la mujer es única, individual e indivisible y después que Dios crea a cada uno de nosotros tira el molde. No hay dos ADN iguales, no hay dos huellas dactilares iguales; sin duda que cada uno de nosotros,

criaturas de Dios, somos únicos e irrepetibles. Pero la característica de la psicología de la mujer la hace tan particular porque la mujer luce, se desarrolla y crece en función, también, de las relaciones que entabla, que produce, genera y conserva. Primero, lógicamente, como hija de su papá y de su mamá. Hay una relación parental -dirían los psicólogos- que caracteriza la psicología femenina, porque le va transmitiendo características propias de sus figuras parentales. Y no solamente eso debería generar orgullo y dignidad sino que también, en la medida en que se desvía de esas características, comienzan todos los complejos, traumas y dificultades que la psicología se encarga de estudiar como complejos de Edipo, complejos de Electra, complejos de Orestes; toda esa conflictiva que hay entre el rechazo o la dependencia de las figuras parentales.

Pero luego de que la mujer se va desarrollando en función de lo que hereda psicológicamente de sus figuras parentales, también comienza la relación o el vínculo con sus hermanos, con sus amigos, con sus amigas, lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo, lo que la enriquece y lo que la oscurece. Después lógicamente empieza una relación fundamental de la mujer en el sentido del novio, en el sentido del esposo, en el sentido de esa vocación que tenemos, de que *“ya no serán dos sino una sola carne”* (Mc 10, 8). Y *“dejará el hombre y la mujer a su padre, a su madre, a su familia, 'a todo el que viniera de antes', se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”* (cf. Gn 2, 24), y *“que no separe el hombre lo que Dios ha unido”* (Mc 10, 9). Y por lo tanto: dime qué eliges, dime con quién te casas y te diré quién eres. Porque después: *“¡ah! pero mi marido esto; que mi novio lo otro, etc.”*; y parece como que estamos hablando del marido y yo escucho: *“qué horrible, qué espantoso, qué bárbaro”*. Pero dime con quién te casaste y te diré quién eres, porque te casaste tú con él para bien o para mal. Entonces, esa relación esponsalicia, vincular, relacional, también define a la mujer. Y después de todo esto que brevemente les he comentado, vienen los hijos, y así la mujer es en relación y en función de los hijos. Por lo tanto, hay toda una caracterología de la mujer que la hace criatura relacional, en relación. De ahí que el relato del Génesis (2, 21) de la creación de la mujer con la simbólica de la costilla de Adán sea en relación a Dios y al hombre.

Los dos grandes defectos son los dos extremos, o la dependencia servil de la mujer, del papá o de la mamá o del marido, quedando como en

un segundo plano absolutamente anulada, o aun después de los hijos, pues a veces los hijos son unos tiranos que esclavizan a sus madres. Entonces, la mujer se transforma como en una especie de esclavo, dependiente, parásito de esas relaciones, y es uno de los grandes defectos, quedar como desdibujada detrás de sus relaciones. Y el otro extremo, lógicamente, es la independencia, la soledad, el desvincularse de sus relaciones, la presunta libertad de la mujer que la hace cortar con sus vínculos. La mujer cuando se va para cualquiera de estos dos extremos es como que se pierde, es como que se desdibuja. Claro que al principio cualquiera de esos dos extremos te seduce un poco, ¿no es así?; pero luego estos dos extremos que son los vicios del carácter relacional de la mujer, la desvirtúan. Por dependiente, se arruina y se anula; por solitaria, autónoma, independiente o desvinculada, también se seca. Y se transforman ambas en infecundas, infértiles, como en una especie de anexo, accesorio estéril e infructífero de la humanidad. Pero éstos son los extremos.

Entonces, la mujer se va realizando en función de las relaciones que entabla, ni dependiente ni solitaria. Y ese carácter fundamental que Dios le ha dado lo encontramos en María quien, si bien luce y brilla por sí misma -y bien podríamos exaltar la humildad de María, la fe de María, por supuesto que sí-, pero a María desde el principio la encontramos caracterizada como la hija elegida por Dios Padre; ésa es la mujer que Dios eligió. Y por lo tanto, María resplandece no tanto por su carácter personal sino porque fue la elegida del Padre; es la mujer que Dios Padre eligió para que fuese su hija. Ella es la mujer que el Espíritu Santo fecundó para, de ella, engendrar el Cuerpo de Cristo; por lo tanto, María es la esposa del Espíritu Santo; ésa es la relación que tiene María, es la esposa del Espíritu Santo. Es la esposa de San José, esposa legítima de San José, con quien estaba desposada desde antes de la Anunciación. Y, ni qué hablar, es la Madre de Dios, de ahí la Theotokos, el gran dogma cristiano del siglo V en el Concilio de Éfeso (año 431 de nuestra era); ella es la Madre de Jesús, es la Madre de nuestra Salvación. Y de ahí en adelante, Ella es la Madre de todos nosotros, Madre de la Iglesia.

Por lo tanto, señalamos lo relacional de la mujer, que donde se pierda, donde se conflictúe, donde se lo corte, donde se lo anule, hace perder a la mujer; pero en María obtiene su elevación y su dignidad.

② En segundo lugar, **la mujer es naturalmente receptiva**. No sólo por su cuerpo, no sólo por su carácter receptor, continente, pasivo, sino especialmente, por su alma, o debería serlo así. Es aquélla que se supone que tienen cabida las alegrías y las tristezas; es aquélla que trata de conservar en el hogar todo para que no se pierda, aquélla que presuntamente ahorra para que nada se desperdicie, que nada se derroche. Por algo estamos bautizando hoy a Lorencito -vamos a decirle así a Mateo Lorenzo- en una pila bautismal con forma femenina porque es un nuevo nacimiento; ya nació del vientre de su madre, hoy nace del vientre de su Santa Madre Iglesia.

La mujer, entonces, tiene esa capacidad de ser receptiva, de ser continente, de ser tierra, por eso los símbolos maternales son todos receptivos; es como la tierra que recibe el agua para que haga crecer las plantas, es como la luna que no produce la luz pero la recibe del sol. ¡Qué linda luna llena que tenemos esta noche, es una hermosa luna!, pero ella no produce la luz, la recibe. Esos aspectos de la naturaleza receptivos, continentes, son los que hacen que la mujer se dignifique, no tanto por lo que produce sino también por lo que recibe, lo cual junto con lo de ella son la fecundidad y son el hijo.

Los símbolos femeninos son símbolos receptivos, absorbentes, que contienen; símbolos gracias a los cuales la mujer queda embarazada en el cuerpo y en el alma porque si no recibiera, si no fuera receptiva, si no fuera capaz de superar ascos, rechazos, vergüenzas y discriminaciones, no recibiría aquello que, luego, la va a hacer fructificar. Si la mujer cananea no fuera capaz de superar estas críticas que Jesús le hace, si de entrada hubiera cortado, su hija no se hubiera curado; si de entrada esta mujer se hubiera enfadado con Cristo porque la trató mal o porque no la trató o porque le puso límite, no sólo no sabríamos ni quién era ella, sino que ni siquiera hubiera podido curar a su hija.

Y eso es lo que encontramos en María cuando dice: *“hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38), que se haga en mí conforme tu voluntad, lo que Tú, Señor, dispongas, eso es lo que yo dejo entrar en mí. Hasta tal punto que en el Evangelio de San Lucas, en cada acontecimiento de la vida de María dice que *“María guardaba todo esto en su corazón”* (Lc 2, 19. 51). Lo conservaba, lo meditaba, lo clasificaba, lo ordenaba, y eso es lo que luego, a través de San Lucas sabemos de la vida oculta de Cristo,

porque María conservaba con amor todo esto en su corazón. Por esto también hemos dicho en tantas oportunidades, que María es Madre de la interioridad, de los sentimientos, de lo afectivo y de lo psicológico, que va por dentro.

Ⓜ Al mismo tiempo que la mujer es en relación, al mismo tiempo que la mujer es receptiva y continente, no nos olvidemos que **la mujer es también la que da a luz**. Parece una tontera o una perogrullada lo que estoy diciendo, pero en la vida cotidiana la mujer que se acostumbró a tener a su hijo, a tener a su marido, a tener su relación, a recibir todo eso, a veces como que se apropia, que se lo queda, a veces como que lo considera de su propiedad, entonces le cuesta largarlo. Por lo tanto, al mismo tiempo que es, o debería ser, naturalmente receptiva y decir que sí, tiene que tener también la capacidad de desprenderse, de desligarse, de liberar, de soltar, de impulsar, de decirle a sus hijos: “échate a volar y criarás alas, no te quedes aquí conmigo como los pollitos debajo de la gallina, porque el beneficio que puedes recibir o el bienestar que puedes recibir acá te va a anular”.

La mujer es la que tiene que transmitir a sus propias relaciones oxígeno, aire, impulso, motivación: “vuela, sigue adelante, no te quedes conmigo”, a pesar de que eso sea un nuevo corte del cordón umbilical. Gracias a ello los seres humanos crecemos, pues si no, nos anulamos entre las faldas de la madre, entre las faldas de los hermanos, del hogar, de la familia o del pueblo, haciéndole canciones a la madre patria o a la madre tierra o hasta al rancho que opera como símbolo femenino, y seguimos sin progreso. Pero gracias a que ha habido mujeres que han impulsado a sus frutos a seguir adelante y no se los han apropiado, es que la humanidad ha progresado.

Y por lo tanto, ese carácter fundamental de dar a luz, de dar, punto, de soltar, de ser generoso -así como receptivo también generoso-, eso es lo que vemos en María cuando San Lucas claramente -para qué lo dice el evangelista, si es obvio, pero si lo dice el evangelista es Palabra de Dios, es porque es significativo-, dice: *“Llegados los días del parto, dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en el pesebre”* (Lc 2, 6-7). O sea, el hecho de dar a luz de María en Belén significa eso: *“hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38), “que venga todo lo de Dios,

claro que es mío sí”, porque lo llevó en su vientre pero luego lo da, lo da a luz, ilumina la humanidad, no se lo apropia, no se lo queda, no arruina la humanidad, no frena el desarrollo, al contrario. Y eso engrandece a la mujer.

Y María no solamente dio a luz a su Hijo en Belén sino que en la Cruz lo vuelve a dar a luz, lo vuelve a soltar, “*junto a la Cruz de Jesús estaba María*” (Jn 19, 25), entregándolo, soltándolo, desprendiéndose, desligándose de Él y “que cumpla su destino”, claro que llorando amargamente como Mater Dolorosa; hasta Cristo lloró con la muerte de Lázaro (cf. Jn 11, 33-38). Pero es la mujer quien lo acoge, lo fecunda, lo cría, lo educa y luego también lo lanza, lo envía y, de esa manera entonces, lo engrandece; y no solamente lo engrandece a Él sino que se engrandece a sí misma.

La mujer que se va quedando como apropiada o posesiva o controladora de sus hijos, los va arruinando lamentablemente. Y eso no sólo lo decimos por el Evangelio donde María da a luz, sino se los dice cualquier psicólogo recién recibido; la importancia de acoger sí, pero la importancia también de soltar y de dar a luz.

**IV** Además de ser relacional, de ser receptiva, de dar a luz, también la mujer tiene una **capacidad de acompañamiento**, de estar al pendiente, no adelante de la humanidad sino ahí atrás; se los digo como hombre, por supuesto. Es esa seguridad de saber que uno va tomando sus decisiones pero que ahí atrás, como quien mira para el costado, sabe que la tiene, sabe que ella está, que acompaña, que guía, educa, que respalda. Ésa es la continuidad, la perseverancia, la constancia, la tenacidad que aquí vemos en la cananea. No se ausentó diciendo: “¡ah!, tú te vas, perfecto, entonces olvídate de mí”. No, “tú te vas, yo también voy a seguirte”, como quien dice, en un segundo plano. Muchas veces no aparece la mujer en la fotografía, aparece el hijo o aparece el marido; pero si observas un poco mejor es la mujer que lo está apuntalando y no solamente ahí alcanza dignidad el hijo, lo digo también como hijo, sino alcanza dignidad la madre porque gracias a eso es que el resto de la humanidad, y nosotros también los hombres, seguimos adelante.

La mujer es aquélla que forma familia, la que agrupa, que no se enfada demasiado con las ofensas sino que, al contrario, busca ser como

la amalgama de los conflictos, de las diferencias, y aglutina. Como doña Elena, aquella señora que nos visitó aquí en Tijuana hace unos años. Cuando cumplió setenta años, sus hijos -entre quienes había algunas dificultades- le preguntaron: “¿qué quieres que te regalemos para los setenta? Pide lo que quieras mamá, que te lo vamos a cumplir”. “Muy bien -dijo- quiero que estén todos juntos, pero no sólo para la foto”. Todos sabían a qué se estaba refiriendo la mamá cuando dijo: quiero que mis hijos para los setenta estén todos juntos, juntos de corazón. “O arreglan los problemas o si no no me pidan que les diga qué quiero que me regalen”. Y así lo hicimos -yo estuve presente-. Y después para los ochenta -estoy diciendo la edad, perdón doña Elena, que me escucha por Internet, estoy diciendo la edad de ella- se acuerdan que nos vino a visitar y fue realmente una alegría ese momento.

Por lo tanto, la mujer es quien, luego que forma, educa, acompaña, persevera, es constante, es fiel, es la que trata siempre de resolver los conflictos. Es más probable que el hombre sea quien dé el grito de escisión o de ruptura, mientras que la mujer trata hasta último momento de arreglarlo. Ése es un carácter familiar, es un carácter receptivo, un carácter de acompañamiento. Para hacer el cuento corto, porque mejor ustedes que yo saben de lo que estoy hablando, dice claramente el libro de los Hechos de los Apóstoles que la primera Iglesia primitiva, después que Cristo murió, resucitó y ascendió al cielo, se reunía diariamente a compartir la Eucaristía en presencia de María Santísima (cf. Hch 1, 14). Ella es la que forma la Iglesia, por eso es Mater Ecclesia; por eso María es la Madre de todos nosotros, de la familia de los hijos de Dios, porque tiene esa característica propia de la mujer, repito, por lo cual es glorificada por Dios y también por todas sus relaciones. Cuando la mujer cumple ese destino, esa vocación, no solamente la glorifica Dios, la glorificamos también todos nosotros; y ahí, lejos de fracturas, de reproches o de pendientes, al contrario, constituye nuestro orgullo. Todo esto elevado a la categoría divina dada por Dios, que en María Santísima se transforma en aquélla que nos aglutina a nosotros, los hijos de Dios, los hijos de Cristo, en la Iglesia.

Ⓟ Y finalmente, basándonos hoy en la cananea, bien podemos aplicarle a María lo que Cristo le dijo a esa mujer: “**¡Mujer, qué grande es tu fe!**”. La mujer tiene también por característica ser creyente, esperar, confiar,

tener esperanza; porque queda o está embarazada y está esperando que el niño crezca, y cuando nace está esperando que camine, que hable, que vaya a la escuela, que se eduque. Ese carácter de la expectativa, de la paciencia, de no atropellar los procesos, eso bien se puede considerar la convicción de lo que viene, de lo que va a producirse aunque ahora no lo vemos, como una semilla que se siembra y a la que hay que regar, cuidar. Eso es la esperanza, eso es la fe, que nos muestra lo que no se ve (cf. Hb 11, 1) pero que Dios ya nos ha revelado.

Y quién mejor que María para exaltar esa característica fundamental de la mujer, de creer, confiar, esperar, de no quedarse sólo con lo que se ve sino especialmente con lo que se espera; María Santísima a la cual su prima Isabel le dijo claramente “*dichosa tú, María, porque has creído*” (Lc 1, 45). Y bien, repito, podríamos aplicarle a María las palabras de Jesús hoy a la cananea: “*¡Mujer, qué grande es tu fe!*”.

Muchos de estos conceptos son de la vida de uno mismo, pero también para quien quiera ampliar o profundizar, hay unos libritos muy bonitos. Uno es de Paul Evdokimov, un teólogo ruso, llamado “La mujer y la salvación del mundo”, de ahí se toma algún elemento que podría servir; otro es de Leonardo Boff, “El rostro materno de Dios”.

En fin, todo esto son algunas características que bien podrán ayudarnos pero, definitivamente, el amor, la piedad filial y la fe es lo que nos abre al conocimiento no sólo de la psicología femenina sino especialmente de María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra. A Ella le pido hoy por todos nosotros, a quien la exaltamos como Asunta a los Cielos celebrada el 15 de agosto, pero hoy en su víspera. Le pido que interceda por nosotros al final de este peregrinar por esta vida, y para que Ella repita en cada uno de nosotros la imagen de Jesús, según su voluntad que es la de su Hijo, o sea la voluntad de Dios. Le decimos a María lo que Ella le dijo a Dios: “hágase en mí según tú”. Que María Santísima, mujer, esposa y madre, interceda por todos nosotros, para que al fin de los tiempos nos encontremos todos juntos definitivamente en el Reino de los Cielos, en el Paraíso Celestial, que no es un lugar sino que es una persona, Jesucristo, hijo de María y nuestro Salvador. Que así sea.

# “BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES”

## LOS NIVELES DE LA MUJER

(11/12/2011, Domingo 3º de Adviento, Ciclo B)

Vísperas de Nuestra Señora de Guadalupe

Lecturas: Is 61, 1-2.10-11; Lc 1, 46-50.53-54; 1Ts 5, 16-24

Lectura del santo Evangelio según San Lucas:

*En aquellos días, María se encaminó presurosa a las montañas de Judea, y entrando en casa de Zacarías, saludó a Isabel, su prima. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la criatura saltó en su seno; entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y levantando la voz exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la Madre de mi Señor venga a verme? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Dichosa tú, María, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor”. Entonces, dijo María: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi Salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su esclava” (Lc 1, 39-48).*

### **Introducción**

Mis queridos hermanos, como dice la segunda lectura que hemos escuchado en el día de hoy, tomada de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses (5,16), con “profunda alegría cristiana” celebramos este Tercer Domingo del tiempo de Adviento, dedicado precisamente a congratularnos y a exultar de gozo en el Espíritu Santo por la alegría que nos trae la Buena Nueva del Señor. Él no solamente fue anunciado por los profetas y por Juan el Bautista, señalándolo ya próximo, sino que día a día, como ha de ser la Navidad en el corazón de los cristianos, nace en nuestros corazones. De eso trata este domingo *in laetare*, o sea, en la alegría, en la *laetitia*, en el gozo de Dios nuestro Señor; “*Gaudete in Domino*”.

También hemos leído el Magnificat, como salmo responsorial, ese himno que María proclama en la Visitación a su prima Isabel. Esta lectura evangélica es la proclamación de la alegría que María sentía porque en ella el Señor “*hizo grandes maravillas*” (Lc 1, 49). Pero también encontramos la alegría en la lectura del Evangelio, cuando por la presencia de María en casa de Isabel, “*el niño saltó de gozo*” (Lc 1, 44). Por lo tanto, hoy que se nos prescribe usar el color rosa, nos hemos engalanado para homenajear a María con este color propio de la mujer, que significa, simbólicamente hablando y como dirían los pintores, el rojo de la pasión más el blanco de la pureza. Hay mucha pasión, por supuesto, ya que cuando el propio Señor sube a la Cruz decimos que ésa es la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Él derrama el rojo de su sangre, lleno de pasión, lleno de plenitud; incluso, permítaseme la expresión, lleno también de sexualidad, que significa energía vital, instinto, plenitud del ser humano; es decir, lo hace “poniendo toda la carne en el asador”, como versa un refrán popular. Se trata, entonces, de la pasión por nuestra fe y por lo que hacemos. El rojo, por lo tanto, es el color de la pasión, del instinto, de la energía psíquica, de la libido, aunque las mismas palabras sean usadas después por el diablo para el mal, no dejan de ser puras en su significado original. El color rosa, entonces, surge del rojo de la pasión pero también del blanco de la pureza de María, de la transparencia y sinceridad, de lo directo, claro, no rebuscado; es decir, sin esa confusión con que a veces se entreveran las relaciones humanas.

Esta semana hemos estado meditando en María Santísima, porque el 8 de diciembre fue la fiesta de su Inmaculada Concepción. Hace pocos días estuvimos, entonces, también celebrando lo blanco de María Inmaculada, sin mancha desde su concepción, celebrando las fiestas patronales de la Parroquia a la cual pertenecemos. También hoy mismo, aquí en Tijuana a las 10 de la noche, estaremos entonando las mañanitas a Nuestra Señora de Guadalupe; porque las 10 horas de Tijuana son las 12 en la Basílica. Por lo tanto, hoy estaremos con el cántico de las mañanitas anticipándonos a esa profunda alegría, no solamente del pueblo mexicano y latinoamericano, sino del mundo entero que tiene a María por patrona y protectora. Y por si fuera poco ingrediente para justificar todo este festejo y todo este gozo, María es el prototipo de la espera, del Adviento, que todavía no ha terminado.

En domingos anteriores, sobresalían las figuras de Isaías y Juan

Bautista, quien nos decía que “*conviene que Él crezca, y que el yo disminuya*” (cf. Jn 3, 30). Y hoy tenemos, como dice el Evangelio por boca de Isabel y como aparece en la cartelera, a la “*bendita entre todas las mujeres*” (Lc 1, 42): María Santísima, en su dulce espera, quien nos propone el modelo de esperanza, de expectativa, de paciencia, de peregrinar en este mundo. En este *Via Natus* que acabamos de diseñar, que tiene ocho estaciones -así como hay un *Vía Crucis*, también hay un *Via Natus*-, María Santísima, embarazada del Señor, es el modelo de la espera. El domingo próximo se lo dedicaremos a San José, que la estaba acompañando; pero en este tercer domingo del Adviento tenemos a María Santísima embarazada, como Nuestra Señora de Guadalupe con su moñito negro indicándolo, y por lo tanto, Ella es el prototipo y la plenitud del Adviento; que hoy asimismo lo simbolizamos encendiendo la vela rosa de la Corona del Adviento, entre las otras tres violetas.

Por eso, hoy también queremos exaltar a la mujer toda (y tenemos unos pequeños regalitos que luego les entregaremos: claveles rosados para cada una de las mujeres aquí presentes). Y digo “a la mujer” en todo el amplio sentido de la palabra, que incluye desde las pequeñitas hasta las más grandes, desde las que recién se inician hasta las que nos iluminan con su experiencia. Por lo tanto, exaltamos a todas las mujeres, iluminadas hoy por la persona de María, teniéndola a Ella por prototipo, como la tiene la Iglesia Esposa de Cristo, tal como lo define la Constitución dogmática “*Lumen Gentium*” en el capítulo VIII.

Por eso, nuestra reflexión y homenaje consistirá en repasar los tipos de mujer, las características o niveles que la mujer tiene y que, puestos para su felicidad, para su plenitud y realización, sin embargo a veces la entreveran, la confunden, la desvían y pierden. Esto no significa que estaremos hablando de distintas mujeres, sino de distintas características, a veces todas presentes en cada una de ellas. Muchas veces la mujer se identifica con alguna de esas características y pierde de vista que debe tener también los demás aspectos para ser completa, para tener esa plenitud con la cual Dios la creó.

① **El primer nivel**, lógicamente el más evidente e inmediato, es el **corporal, el nivel físico, material, corpóreo, sexual**. Tan es así que hoy contemplamos a dos mujeres embarazadas que se encuentran: María Santísima e Isabel. Precisamente para ello Dios creó el cuerpo femenino,

para que, en compañía del hombre y en la plenitud del amor y la expresión afectiva, se trasmita la vida. Por lo tanto, en ese inmenso simbolismo del amor humano entre el hombre y la mujer, y como fruto de ello la mujer embarazada que dará a luz -como la Guadalupana, como Santa Isabel, y como María en el Adviento, montando un burrito rumbo a Belén-, aparece esa dimensión profunda del cuerpo fisiológico, ginecológico (la palabra griega *gine* significa “mujer”), y cuya anatomía particular refiere a su relación con el hombre y la maternidad.

Muchas veces, cuando la mujer se apropia de uno de estos niveles, cuando se identifica sólo con uno de ellos pretendiendo lograr la plenitud, corta el contacto con el tronco y por lo tanto se pierde. Digo esto porque, a veces, la mujer se pierde cuando tiene un hijo -especialmente el primero, que es toda una bendición- y se olvida del resto, como si ya no necesitara nada más. Por lo tanto, la maternidad constituye una gran bendición y también un gran riesgo. Los psicólogos se encargan de hablar de los complejos de Edipo, de Orestes, o de Electra, los cuales estamos aburridos de observar en las complicaciones de las relaciones humanas.

De este primer nivel también trata la sexualidad de la mujer, que no siempre es lo mismo que genitalidad. La sexualidad es necesaria para todo ser humano en cualquier etapa de la vida, porque hasta las pequeñas, diría Freud, también tienen esa libido o energía sexual necesaria para vivir, para desarrollarse y crecer. Otra cosa será la actividad genital mediante la cual venimos al mundo, mediante la cual Dios nos da la vida; pero ese componente de energía, de libido, potencia, entusiasmo, excitación y entrega, constituye la dimensión instintiva del ser humano y especialmente de la mujer, de la cual no puede prescindir en ningún momento de su vida. Si esto no fuera así, la menopausia significaría el término de la vitalidad de la mujer; lejos de eso, significará el término de algunas actividades, pero no de otras, que son quizás las más importantes.

Bien sabemos que ese primer nivel de la mujer no constituye solamente una gran prerrogativa y un gran atractivo. A ello P. Teilhard de Chardin, un místico de la Iglesia, dedica un hermoso himno titulado “Himno a la materia”; es un himno al cuerpo, a lo físico. Pero también sabemos que ese primer nivel, en su ambivalencia y variabilidad, constituye asimismo el motivo del abuso, manipulación, prepotencias,

deterioro y depravación de la mujer.

Esto comienza lógicamente con Eva, precisamente cuando la mujer, desobedeciendo, creyéndose autosuficiente, corta con Dios y se somete a sus propios pensamientos, representados por el demonio y la serpiente (Gn 3, 1-13); y así nos fue. De allí en adelante tenemos toda una serie de depravaciones, tenemos todo lo que tiene que ver con la prostitución -dicen que es la profesión más antigua del mundo, no sé de dónde sacaron eso-. Como prototipos de las que luego fueron grandes mujeres, aparecen, por ejemplo, Tamar, quien se prostituye ante su suegro (cf. Gn 38), y Rajab (Jos 2), que se dedicaba a la prostitución. Ni qué hablar, María Magdalena en el Evangelio -aunque en este caso hablamos de prostitución sagrada, porque estaba dedicada a otro tipo de religiones que practicaba-, quien es también luego de su conversión el prototipo del cambio.

Pero junto con estos ejemplos, podemos considerar todo lo que tiene que ver con la inmoralidad humana, las desviaciones, que empiezan desde pequeños y no solamente cuando el hombre cumple la mayoría de edad; por el contrario, toda esta realidad tiene que ver con el crecimiento y desarrollo del ser humano. Sodoma y Gomorra aparecen como ejemplos de esto en la Biblia (Gn 18 y 19). Los términos eróticos o sexuales se presentan en el Cantar de los Cantares. Estamos hablando en todos estos casos, de libros bíblicos; el asunto depende de cómo se lean, depende de qué tengas en tu cabecita, de qué interpretes y para qué “molino” te llesves todo esto.

Así que, desde Eva o la prostitución bíblica, pasando por María Magdalena, hasta las Marilyn Monroe de nuestra época, podemos estar resumiendo el uso, abuso, deterioro y manipulación del cuerpo de la mujer, tanto por parte del varón como de la misma mujer. Estamos, por ejemplo, sufriendo los feminicidios, la vergüenza de lo que sucedió con tantas mujeres en Ciudad Juárez. Estamos sufriendo también permanentemente la prostitución infantil, el abuso de los menores, por lo cual se están promulgando leyes para controlar estos delitos -aquí en México, esta semana se acaba de aprobar otra ley al respecto-. Es muchísimo todo lo que tiene que ver con este primer nivel de la mujer, puesto por Dios para su plenitud, y sin embargo tergiversado tantas veces, cuando el diablo mete la cola y se nos entrevera todo, terminando en la

depravación humana, en la pérdida del sentido y en el vacío espiritual.

② **En segundo lugar**, dejando ese primer nivel -tan importante, pero también tan complicado-, está el segundo nivel o tipo de la mujer, que tiene que ver con **la mujer productiva**, con la mujer que no solamente basa su encanto o poder en su cuerpo, en su belleza o en su juventud, sino también en su producción. Dicho sea de paso y en relación a este nivel que denomino “de la mujer productiva”, el nombre Teresa (como nuestra Santa Teresita) significa “la que cosecha”, “la cosechadora”, “la que produce”.

La mujer produce en primer término, entre otras cosas, sentimientos; éste es el tipo de la mujer romántica, la que despierta el amor, el cariño, el “flechazo”, el enamoramiento, el atractivo. Las grandes hazañas de la historia de la humanidad están entremezcladas de afecto y amor, son los “Romeo y Julieta” de todas las épocas. No solamente se trata del amor arrebatado, sino que también bíblicamente hay hermosas historias de amor humano: “*con cuerdas humanas te atraje*”, dice el profeta Oseas (Os 11, 4), o como la historia de Rut y Booz, un hermoso texto bíblico sobre el amor entre un hombre y una mujer, capaces de dar la vida por lo que se ama, quienes, además, dicho sea de paso, son los “abuelitos” del rey David; así como Rajab y Tamar, que les mencioné anteriormente, a quienes yo llamo “las abuelitas de Jesús”, empezaron en la prostitución, pero luego son parte del linaje del cual viene nuestro Salvador. De manera que ¡cuidado con despreciarlas!

La mujer produce entusiasmo, produce amor, sentimiento, así como también ese arrebato del ser humano que a veces le ha llevado a hacer cosas locas y delirantes, en función de lo que siente en su corazón. ¡Benditos atrevimientos!, porque allí están metidos también el amor y el atractivo humanos. Allí también están involucradas la creación y la producción de la mujer, sus motivaciones. Porque la mujer es quien estimula a otros ya desde pequeños, es ella quien transmite ejemplo o desviación, entusiasmo o flojera, elevación o materia, espíritu o carne; ésa es la motivación que produce la mujer. Estoy hablando, por ejemplo, de la mujer productora de trabajo, de la mujer trabajadora. Vivimos aquí en una ciudad llena de maquiladoras, muchas veces vemos a la mujer empresaria y la mujer estudiante, que va a la escuela, a la secundaria, la que produce conocimientos y no solamente repite como un loro todo lo

que le dijeron. Es la mujer que piensa, que elabora, que investiga y trata de aprender, es la que busca la verdad. Es también quien conduce y educa, el ama de casa, la mamá que no solamente da de comer a la panza, sino que enseña, forma, instruye, inspira. ¡Bendito sea Dios!, toda esa realidad productiva de la mujer debe estar presente. Un poeta español, Gustavo Bécquer, hablando de los niveles de la mujer, tiene una hermosa poesía que dice:

*“Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión,  
de ansia, de goces, mi alma está llena.  
¿A mí me buscas? No, no es a ti, no.*

La segunda estrofa dice:

*“Mi frente es pálida, mis trenzas de oro (la romántica),  
puedo brindarte dicha sin fin,  
yo de ternuras guardo un tesoro,  
¿a mí me buscas? No, no es a ti.*

Y viene una tercera, que dice:

*“Yo soy un sueño, un imposible,  
vano fantasma de niebla y luz,  
soy incorpórea, soy intangible,  
no puedo amarte. ¡Oh ven, ven tú!”*, dice el poeta, dando a entender también tres pasos o niveles de lo femenino.

**III El tercer nivel de la mujer**, la tercera característica ya no sólo tiene que ver con su cuerpo, con su producción educativa, afectiva, emocional, de enseñanza, de empresa, de dinero o de producción; ellas no necesitan probar que son tanto o mejores productoras que el varón en la vida pública, ya lo hemos observado: no hay ningún problema, no hay que demostrar nada, ya terminó la liberación femenina, estamos hablando de la igualdad de dignidad en diferencia de roles. Pero, en tercer lugar, estamos hablando del **nivel religioso de la mujer**, del nivel espiritual, no ya social y productivo. Este tercer nivel está representado por la mujer abnegada que se entrega, que sirve, que está atenta, que dedica su vida a misiones aparentemente inútiles o estériles, o aparentemente sin sentido. Es la mujer que visita enfermos, que consuela a los tristes, la mujer que visita presos -estaba pensando en la Madre Antonia, por ejemplo, aunque no voy a proponer modelos-.



En este tercer nivel, si el prototipo del primero es Marilyn Monroe, y del segundo, la Julieta del Romeo, podemos poner a la Madre Teresa de Calcuta: dedicada a los moribundos, a los pobres que se morían y se mueren en Calcuta. Y uno se pregunta ¿para qué?, ¿por qué no te dedicas a los vivos? Tenemos también en Tijuana a la Madre Antonia, que aquí nos honró con su presencia, dedicada a los presos, y ella misma “se puso presa”; todos quieren salir de la cárcel, menos ella que se mete sola adentro. Y uno se pregunta: “¿justo vas a ir allí, con la escoria, con los delincuentes, con los depravados?, ¿qué está haciendo allí Madre Antonia?, ¿quién le remunera esto?”. Lógicamente, es Dios quien paga a estas mujeres lo que uno es incapaz de pagarles.

Este nivel es el de la mujer que conduce a un pueblo a la liberación: es Santa Juana de Arco, que se pone el uniforme militar y sale a capitanear los ejércitos franceses. Es Santa Teresita del Niño Jesús, quien se mete en un convento para nunca más salir: bonita, joven -como aquí la vemos-, impactante desde todo punto de vista, físico, intelectual, espiritual. Es el prototipo, precisamente, de la mujer abnegada, servicial, conductora, que aconseja, que guía; es la guía espiritual, representada por las religiosas,

pero también por las madres de familia abnegadas, que no esperan nada a cambio de su trabajo. Es también la mujer que, en lugar de estar pensando en cuánto le van a retribuir, por el contrario, siempre está pensando en cuánto dar. Son las mujeres que se olvidan de sí mismas, por el prójimo y porque Dios se los pagará. ¡Benditas sean también!

Cada una de estas características tiene su polaridad. Hay mujeres que enamoran, y te pierden; o hay mujeres que sirven o trabajan, aparentemente, pero de pronto esconden pensamientos muy ruines y muy crueles. Algunas parecen “mosquitas muertas”, porque por fuera son todas modositas, no dicen nada, mucho “rezo del rosario”, y sin embargo por dentro anidan la envidia y los celos. Así que no me espanta que en cada nivel de la mujer existan también polaridades. No estamos canonizando a unas y condenando a otras, sino que estamos haciendo una cirugía, para que, como el color blanco forma el rosa junto con el rojo, también la mente y el corazón de la mujer tengan esa pureza y transparencia necesarias, primero para ella, para Dios y para el resto de la humanidad.

**IV** Pero en cuarto y fundamental lugar tenemos ese nivel de la mujer que es místico, trascendente, absolutamente espiritual, que ya no tiene sólo que ver con la mujer o con el prójimo, sino que estrictamente tiene que ver con Dios. Es el rostro materno de Dios, el rostro femenino de Dios. Se expresa cuando la mujer, con sus actos, con su ejemplo, con su vida, ya no nos habla de sus virtudes, no nos hace pensar en qué le vamos a regalar el 10 de mayo, sino que nos conduce a pensar en Dios. Por lo tanto, aquí la mujer es imagen de Dios, es conductora hacia Dios. Es aquella imagen femenina que Miguel Ángel pintó en la creación de Dios, cuando Él toca el dedo de Adán, y junto a Dios había una mujer. Es también esa mujer del “Eterno Femenino”, de Teilhard de Chardin, el mismo que escribió el “Himno a la materia”. Es la maternidad de Dios, la cual está también expresada en la Biblia en los libros sapienciales, como la Sabiduría de Dios (Pr 8; Sb 7 y 8; Si 24); se los recomiendo, porque son textos que hablan como de una mujer para expresar realidades de Dios mismo. También aparece la Sulamita del Cantar de los Cantares, representando a la mujer elevada, la mujer espiritual, que Dios se toma para sí y a través de la cual nos conduce. Es un nivel místico, contemplativo, expresado lógicamente en la figura de María Santísima;

Ella es su prototipo.

Al comienzo de la Misa, encendimos la tercera vela de la corona de Adviento (la corona está compuesta por tres velas violetas y una rosa). Un psicólogo, Carl Gustav Jung, dice que el símbolo de la Trinidad Santísima es el más adecuado para representar la divinidad de los católicos; pero la Asunción de María Santísima significa como el cuarto en la Santísima Trinidad. Es como esta vela rosada en la Trinidad Santísima. Así que bien podemos hablar de María como aquélla que enamoró al Padre por ser su Hija; aquélla que fue la Esposa fiel del Espíritu Santo; aquélla que es la Madre amantísima del Hijo. Por lo tanto, este cuarto nivel es esa figura prototípica, que el católico y todos nosotros los cristianos tenemos en María Santísima. Es también la Santa Madre Iglesia, como Pío XII la llamó: *Mystici Corporis Christi*, el Cuerpo Místico de Cristo, la Esposa fiel de Jesucristo, como dice San Pablo en su carta a los Efesios (cf. Ef 4, 4) y en la Primera Carta a los Corintios (1 Co 12, 12-27); y por lo tanto simboliza la sabiduría de Dios, el pensamiento de Dios, el amor de Dios, expresados en figura femenina.

Ojalá que ninguno de estos niveles que acabo de mencionar deje de estar presente en su sentido excelso, espiritual, productivo, positivo, transparente y sincero, para que de esa manera, no solamente la mujer alcance su dignidad y su felicidad en este mundo, honrada por sus hijos -como hoy hacemos con la Guadalupana, en la víspera de su fiesta- y especialmente honrada por Dios. Definitivamente por eso nos alegramos con María de Guadalupe, no tanto por los regalos que nosotros le hagamos, sino especialmente por los regalos que Dios le hace, porque ella es la Hija predilecta de la Trinidad, la mujer bendita entre todas por la Santísima Trinidad (Lc 1, 42). Nuestra Señora de Guadalupe, esperando al Salvador, es también la Madre de todos nosotros y de nuestra patria. A Ella no solamente encomendamos nuestras comunidades, sino que, bajo el manto protector de la “*mujer bendita entre todas las mujeres*”, confiando en ella y acompañándola en el camino a Belén, esperamos alcanzar definitivamente “*el fruto bendito de su vientre*”, que es Jesucristo, Hijo de Dios nuestro Padre, Hijo de María nuestra Madre, y nuestro Salvador.

Muchas felicidades a todas las mujeres aquí presentes, que Dios las bendiga, y en ellas a todos nosotros. Que así sea.

# LA MUJER Y LA MATERNIDAD

(10/5/2012, Jueves de la 5ª Semana de Pascua)

Lecturas: Hch 15, 7-21; Sal 95, 1-2a.2b-3.10

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo y la protección de María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, estén, queridos hermanos, con todos ustedes.

Iniciamos, celebramos, continuamos y terminamos esta Eucaristía en honor de Dios Nuestro Padre. Para Él va nuestra alabanza, nuestras felicitaciones, para Él van todas las oportunidades que la vida nos presenta para acrecentar el amor; entre las cuales -y al hacerlo así, lejos de desvalorizarlas, las exaltamos- está lo que hoy estamos celebrando en todo México; el día de nuestras madres, las presentes, ausentes, adoptivas, espirituales, religiosas, educativas, patrióticas, vivas y difuntas. Por lo tanto, este motivo de celebración del día de nuestras madres nos permite a nosotros, los cristianos, celebrar la Santa Misa para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor. Quien no tiene esta fe estará hoy comprando sus flores, sus globos, sus regalos a sus madres -que les servirán o no-, y me alegro que así sea; pero nosotros los cristianos utilizamos toda oportunidad de la vida para alabar, reverenciar y servir a Dios nuestro Señor.

Por eso, quien mejor las va a felicitar a ustedes, madres, quien mejor va a bendecirlas y agasajarlas en este día no somos nosotros, sus hijos, sino que es Dios, quien les regaló la vida, y a través de ustedes nos la regaló también a nosotros. Por lo cual, antes que nada, para honrar a Dios, para felicitar a nuestras madres, para no perder el equilibrio y la sencillez de vida, para que Dios, como en María Santísima, siga haciendo maravillas en ustedes y en toda la humanidad, iniciamos esta Eucaristía con la humildad de nuestros corazones, reconociendo nuestros pecados.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas:

*“Al sexto mes de embarazo de Isabel (en el sur de la antigua Palestina, en Judea), el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea (en el norte), llamada Nazaret, a una virgen que estaba*

*comprometida con un hombre llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María.*

*Y entrando, el ángel le dijo: 'Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo'. Ella se conturbó por estas palabras y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: 'No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Vas a concebir en tu seno, y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su Padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin'.*

*María respondió al ángel: '¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?'. El ángel le respondió: 'El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el que ha de nacer de ti será santo, y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel tu pariente ha concebido un hijo en su vejez, y está ya en el sexto mes la que consideraban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios'.*

*Entonces, dijo María al ángel: 'He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra'. Y el ángel, dejándola, se fue" (Lc 1, 26-38).*

## **Introducción**

Qué mejor que celebrar la Santa Misa para retribuir y agradecer a aquéllas por quienes el don de la vida, de parte de Dios, se nos regaló a toda la humanidad. Pero, a diferencia del resto de la sociedad, que hoy tiene por protagonistas a sus madres -y por lo cual se mueven todos los comercios, las fiestas, el mariachi, los panteones, los regalos y las tiendas- los cristianos tenemos por centro, ayer, hoy y siempre, el 10 de mayo, el 14, el 18 y todos los días, a Dios Nuestro Señor. Por lo tanto, cada acontecimiento de la vida, especialmente hoy el día de las madres, nos sirve y lo aprovechamos para acrecentar nuestro amor a Dios.

En este sentido, el alma enamorada aprovecha todas las oportunidades de la vida en relación a lo que ama. Quien ha tenido un corazón enamorado sabe a qué me refiero: todo es motivo de relación con aquello que se ama. Por lo tanto, los cristianos, en este día, no festejamos a nuestras madres, festejamos a Dios... y gracias a nuestras madres, que nos permiten hoy celebrar una Misa. Como cuando celebramos a una quinceañera: no hacemos una Misa por ella, sino para Dios,

aprovechando los quince años de la niña. Cuando hacemos una Primera Comunión, no la hacemos por los niños: la hacemos por Dios, por Jesucristo que se entrega en su Cuerpo y en su Sangre; aprovechamos la primera vez que los niños reciben la Eucaristía para acrecentar nuestro amor a Jesús eucarístico. Y así lo hacemos también al celebrar una Misa por el término de una obra, una Misa de aniversario de bodas; o una Misa de casamiento, que no la hacemos por los novios, sino por Dios, aprovechando el amor que se tienen los novios. Por lo tanto, para los cristianos todo es oportunidad -como diría San Francisco, quien al ver hasta unos palitos tirados en la calle veía la Cruz de Cristo- de amor a Dios, todo nos habla de Dios.

Y qué mejor que este motivo que los cristianos tenemos de celebrar a Dios, para agradecer y felicitar también a nuestras madres. Si no, pregúntenles en primer lugar a las que ya nos antecedieron en esta vida y están deseando, más que los globos, las flores, o el mariachi, la gracia de Dios para vivir eternamente con Él en el cielo. O pregúntenles también a nuestras madres vivas, o adoptivas, o abuelitas -que son las *grandmothers*, como se les dice en inglés-, o a nuestras madrinas -que son las *godmothers*, las que representan a Dios- qué les sirve más: si una serenata, una pelota de fútbol -como yo le regalé a mi propia madre para el día de su cumpleaños- o una santa Misa, con la cual la gracia de Dios se desborda de manera sobreabundante. ¡Qué dignidad es para una mujer que ha sido madre recibir en este día la gracia de Dios, más que la gratitud de sus hijos! Y no porque no la tengamos, sino porque, como dice el refrán tan abusado: “que Dios te lo pague”, es decir, que Dios sea verdaderamente quien agradezca a mis madres todo lo que han hecho por mí, todo lo que yo desearía agradecerles y no me dan los números, porque no puedo. Por lo tanto, de verdad, que Dios te pague lo que hiciste por mí y por la humanidad entera. Me parece que es mucho mejor que Dios se los agradezca, a que se los agradezca un servidor. Yo lo haré con mucho cariño, pero me voy a quedar muy corto comparado con lo que Dios puede bendecir, gratificar y felicitar.

① No podemos olvidar que hoy, en primer lugar -no por lo importante sino por lo histórico-, estamos recordando a la primera madre de la humanidad, a **Eva**: “*la madre de todos los vivientes*” (Gn 3, 20); aquella que **procede de Dios** y engendró a sus hijos **en relación con Adán** (cf. Gn

2, 21-22). Parece tonto lo que digo, porque son las primeras páginas de la Biblia; pero en la vida cotidiana a veces perdemos de vista que la verdadera dignidad de la mujer está en la procedencia de donde le viene la vida, que es de Dios. Si para felicitarla, homenajearla y encumbrarla, la aislamos, desprendiéndola del verdadero motivo de donde procede la vida que ella nos dio, la desvalorizamos. Es como si le cortáramos el hilo a un papalote, a una cometa: voló muy alto pero se perdió, “se le fueron los humos a la cabeza” y no lo ves nunca más. Es como cuando cortamos las flores de una planta: el primer día luce muy bonita, pero al tercer día hiede, porque la desconectamos de la vida. Como dijeron de Lázaro: “*Señor; huele mal; ya hace cuatro días que está muerto*” (Jn 11, 39).

Así sucede con las personas cuando las desconectamos de su origen, de su sustancia, de su esencia: queriendo exaltarlas, las cortamos de la rama, y entonces duran dos días. O porque “se le fueron los humos a la cabeza” creyéndose Dios, o porque nosotros mismos, pretendiendo homenajear a nuestras madres, las desconectamos de su esencia y las desvalorizamos. Porque a veces el valor del individuo no es por sí mismo, sino por lo que representa. En este momento, ustedes me están escuchando, y lo hacen no por mi cara ni por mis palabras, sino porque represento a Cristo; donde yo corte -¡ni Dios lo permita!, *¡que se me pegue la lengua al paladar!* (Sal 136, 6)- seré como la flor de un solo día y por la tarde me echan a la basura. Por lo tanto, estamos conectados con Dios. Por eso decimos que Eva es “*la madre de todos los vivientes*”, porque procede de Dios.

En segundo lugar, Eva es la madre de todos los vivientes en relación con Adán, o sea, en relación con el hombre, con su familia, con su época, con su sociedad. No podemos desprenderla de todo ese conjunto de factores que tienen que ver con la maternidad y que la hacen sublime y digna, lejos de humillarla. Porque si la propia madre se desconecta de Dios, o del hombre, no solamente se deprecia, sino que además a los hijos nos quedan muchas interrogantes -que no se las vamos a decir por respeto, por delicadeza y porque le agradecemos mucho a nuestras madres-. Pero cuando encontramos a la madre sola, “heroica criando a sus hijos”, a la mujer “abnegada que salió adelante a pesar de que no tuvo quién la acompañara”, uno le preguntaría: “¿por qué nadie te acompañó?”, “¿qué pasó con el que me engendró, por qué se fue?”. “No,

no se fue, es que me violaron”... , con todo respeto, vamos a suponer el peor de los casos... En fin, nos quedan muchas preguntas de por qué se presenta sola en el mundo; no se lo vamos a decir, porque le agradecemos lo heroico. Pero ¡cuidado con el aislamiento!, con cortar la mujer sus raíces, por más humildes que sean. Porque donde la aislemos para “exaltarla”, repito, se nos vuela como un papalote o se nos desvaloriza como la flor que cortamos de la planta.

② La madre también es **aquella criatura que recibe de nosotros**, sus hijos, especialmente en estos días, **todos nuestros regalos y los agradece**, como el balón de fútbol, o cualquier tontería que los hijos le regalamos en este día, más pensando en nosotros que en ella: “Aquí te traje, mamá, una carpa para espantar mosquitos, por si la necesitas”; “Gracias m'hijito, ¡qué divina la carpa!”. “Mamá, aquí te traje un bote inflable por si lo necesitas para pescar”; “¡Qué precioso bote, m'hijito, estaba soñando con esto hace mucho!”. O: “Aquí te traje esta caña de pescar, mamá, por si algún día se te ocurre ir a la Presa a pescar”; “¡Qué divina caña, m'hijito!”. Y así ocurre especialmente en este día: ¡la cantidad de regalos inútiles e inservibles que nosotros hacemos a nuestras madres...!, más pensando en nosotros mismos que en ella, por supuesto, porque después le vamos a pedir la carpa, el bote, y la caña de pescar; como yo siendo niño, que a los diez minutos de regalarle una pelota de fútbol a mi madre, le pedí que me la prestara.

Pero ¿qué significa que la madre acepta con cariño y agradece todos los regalos? Psicológicamente significa que también la madre recibe con cariño, y hasta agradece, todas nuestras proyecciones, todo lo que nosotros le cargamos a nuestra madre a manera de fantasías, de idealismo, de pensamientos, de elogios o de críticas: “mi mamá es la más linda del mundo”, “es Dios”, “lo sabe todo”, “lo tiene todo”, “siempre me entiende”. O sea, es una imagen de Dios, y le proyectamos ese regalo; por lo tanto, mi mamá, para que a mí me haga bien, lo asume, no me lo va a andar discutiendo. Porque si al niño le sirve creer que su mamá es lo máximo, está perfecto. Pero por dentro, espero que no se lo crea; porque de la misma manera el día de mañana, al primer error, o al primer límite que le pone a los hijos, también le proyectaremos, le regalaremos a mamá todas las críticas: “mamá mala”, “mamá perversa”, “la peor mamá del mundo”, “no te quiero más: porque no me gusta el remedio, porque me

llevaste a vacunar, porque me mandaste a la escuela”, “ya no me quieres más”, etc. Entonces, de la misma manera que le proyectamos muchas virtudes, haciéndola Dios, también le regalamos o le proyectamos muchas críticas, haciéndola poco menos que el diablo. Pero mi madre no es Dios ni el diablo; es una gran mujer, con sus virtudes y sus defectos, con la inmensa y sublime vocación de transmitir la vida, el amor y la educación, pero con errores, como hasta la propia Virgen María los tuvo: pecados no, errores sí; cuando Jesús la cuestionó de niño, como diciendo: ¿por qué te preocupaste, si yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre? (cf. Lc 2, 49), estaba señalándole un error. O como cuando estaba predicando, y su madre desde lejos le dijo: “Ven, m'hijito” -le mandó llamar por otro-, Jesús responde: “*Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la practican*” (Lc 8, 21). Si hasta la Virgen María cometió errores, por ser humana -no cometió pecados, fue inmaculada desde su concepción-, ¿cómo no lo van a cometer también nuestras propias madres! Así que: ni dioses ni demonios. Pero reciben con cariño y con gratitud, todos estos “regalitos” que los hijos les colgamos.

III Ser madre no comienza cuando quedaron embarazadas, ni cuando las criaturas llegaron al mundo: las **mujeres comienzan a prepararse para la maternidad, desde muy pequeñas, favoreciendo el instinto maternal que Dios puso en cada una de ellas.** El día de mañana ella será o no madre biológica, pero ya desde pequeña la mujer, la niña, tiene esa tendencia a proteger a los débiles, a cuidar a los enfermos, a criar a los cachorros, a “educar” a sus muñecas, a darle un vaso de agua a quien lo necesita, a “echarle porras” al más chiquito en lugar del más grande, tenga o no tenga razón. Así lo afirma una autora, Gertrudis von Le Fort, en su libro “La mujer eterna”: “...*De la misma manera que la mujer maternal da de comer al hambriento, consuela también al triste. Los débiles y culpables, los postergados y perseguidos, incluso los condenados, todos aquellos que un mundo jurídico ya no quiere soportar ni proteger, todos tienen su supremo derecho al consuelo y la compasión de la mujer maternal*”. Si la mujer va atendiendo, cuidando y desarrollando ese instinto maternal que tiene desde pequeña, eso es lo que la va haciendo madura para ejercer el rol de madre el día de mañana, si su vientre y Dios lo determinan; y si Dios le da otros hijos, será también una muy buena madre. Así fue la Madre Teresa de Calcuta, por poner un ejemplo, que no

engendró según su vientre pero engendró muchos hijos. O mi tía abuela, que quedó soltera y sin embargo fue madrina de tantos. O la maestra de la escuela, que fue una madre para sus alumnos; o la madre patria, etc. Definitivamente, tantas figuras que ejercieron ese rol se iban preparando desde pequeñas, favoreciendo el instinto maternal que Dios puso en ellas.

④ Estamos celebrando a las madres vivas, a las difuntas, a las espirituales, a las religiosas, a las adoptivas, a las que están en el cielo; lo cual significa que ser madre no es sólo una función biológica, sino una **función arquetípica**, como dirían los psicólogos, algo que abarca a la humanidad. Paul Evdokimov, un teólogo ruso, en su libro “La mujer y la salvación del mundo” habla de esto que les estoy diciendo, que la mujer tiene una función educadora y acompañadora de la humanidad entera. También habla de ello el libro de Leonardo Boff, “El rostro materno de Dios”. Estamos hablando, entonces, de un arquetipo, porque experimentamos la sensación maternal, de protección, cuando entramos en una casa, cuando entramos en una cueva, cuando nos abrigamos, cuando nos ponemos la cobija por encima, cuando nos sumergimos en el agua. Así lo refiere también un psicólogo, Carl Jung, en “Arquetipos e inconsciente colectivo”: “...*Es ese amor maternal que representa uno de los recuerdos más conmovedores y más inolvidables del adulto y constituye la secreta raíz de todo devenir y toda transformación, que es la vuelta al hogar y la vuelta a sí mismo y es el silencioso fundamento de todo comienzo y de todo final...*” “...(a la madre) le tocó por casualidad ser portadora de esa vivencia que encierra en sí a ella, a mí y a toda la humanidad, a toda criatura viviente que llega a ser y pasa: la vivencia de la vida, cuyas criaturas somos (...) ella es portadora de todo lo que la vida contiene; la vida a la cual estamos confiados y entregados como niños...”. Por lo tanto, se trata de todas esas vivencias maternas que nos reflejan la seguridad y la confianza; por eso estamos celebrando a las madres en toda su dimensión, y no solamente en su función biológica.

⑤ **Madre es también la criatura que marca límites, la que dice que no, o debería decirlo**, cuando los niños ya tienen más de dos años; antes de los dos años se les dice a todo que sí, por supuesto, para que se críen sanos, fuertes y seguros. Pero después de los dos años, más o menos, después del control de esfínteres, ya empieza el “no”: “esto sí, esto no”, y allí comienza la educación, el corte del cordón umbilical psicológico. No

solamente se corta el cordón umbilical del ombligo del bebé cuando viene al mundo; se va cortando muchas veces a lo largo de la vida. Y la madre que se resista a esos cortes del cordón umbilical, no solamente traiciona su vocación, sino que arruina a sus hijos (se los digo como hijo); y esto lo hace por proteccionismo, por posesión, por apropiación, por estar siempre arriba del hijo, por creer que de esa manera lo ayuda. Y lo que pasa entonces es que lo asfixia, y así van desarrollándose individuos inútiles, parásitos, rebeldes, o caprichosos. Y entonces, ¿la culpa es de la sociedad o de la escuela?, ¡no!, debemos verla en esa manera de no seguir la madre “cortando los cordones umbilicales” a lo largo de las distintas etapas de la vida. La mujer madre debe ir preparándose también para el día de mañana, cuando los hijos críen alas y se echen a volar. La madre debe estar dispuesta nuevamente a permitir y a favorecer el desarrollo de su hijo. Y esa capacidad de entrega de la madre que no se apropia de su hijo es lo que las hace grandes, porque los dan al mismo que se los dio, que es Dios nuestro Señor.

**VI** De lo contrario, es como si la madre solamente fuera fiel a lo que la **etimología de la palabra “madre” dice: mater-materia** -viene de ahí-, o madera. La materia, la tierra, lo material, el alimento, el cuerpo, son importantes; pero no son lo más importante, ya que lo más importante es el espíritu. Para una plantación, lo más importante no es la tierra, sino que lo más importante es la semilla y la lluvia; claro que si no hay tierra no nace nada. Con la semilla, con el sembrador, con la lluvia, todo germina y crece; mientras que sólo con tierra obtenemos “más tierra”. Porque “*lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu.*” (Jn 3, 6). Por eso, la madre no solamente transmite amor, vida, sino también educación, formación, límites, empujar a sus hijos para que se vayan independizando, criando y madurando como personas. De no hacerlo así, puede **generar en el hijo muchos de los complejos y sentimientos de inferioridad, prepotencia, soberbia o, por el contrario, inutilidad y parálisis**; al mismo tiempo puede generar en el hijo muchas sensaciones que incluso continúan hasta después de su muerte. Ocurre como con aquel personaje de Rider Haggard, *She* o *Ella*, que era una mujer que tenía tanto poder, tanta influencia en su comunidad, que se le decía “la eternamente joven”, “la que todo lo sabe”, “a la que no se puede desobedecer” y “la que nunca muere”. ¡Santa María!... díganme si ésas no son las características de Dios, y no de la mujer.

**(VII)** Pero cuando la mujer en su maternidad va generando y dando pasos positivos, como los acabo de señalar anteriormente, cuando inicia, transmite y acompaña a sus hijos -físicos, espirituales, o morales, o a toda la humanidad- en el crecimiento espiritual, de esta manera la mujer colabora no solamente con la tarea de traer hijos al mundo, sino con la misión de iniciarlos en la dignidad, en la superación, en el crecimiento, en el mejoramiento.

Por eso, poco a poco, y como estamos en este momento celebrando la Misa, se nos conduce a un nuevo y definitivo renacimiento mediante el Bautismo, donde a la Iglesia la llamamos Santa Madre Iglesia; y de allí, desde las madres físicas, biológicas, las madres educadoras, madres cariñosas, madres continentadoras de todo lo que nosotros le proyectamos, que nos agradecen todo y que siempre están en todo, se nos va conduciendo poco a poco hacia **la verdadera maternidad, que es la espiritual**. Por lo cual esa maternidad del acompañamiento, del apostolado, de la evangelización y la guía espiritual que ejercemos en **nuestra Santa Madre Iglesia**, y que empieza en el vientre de la pila bautismal como si fuera un nuevo vientre donde el agua bendita -ya no el agua del líquido amniótico- nos regala la nueva vida, porque nos va transformando de personas meramente físicas en personas espirituales.

**(VIII)** Y por eso la Iglesia Madre toma su tipo, su modelo -según dice el capítulo VIII de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, del Vaticano II- de **María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra**. Como se los acabo de leer en el Evangelio, el ángel Gabriel, de parte de Dios, le dice claramente: “No sólo serás madre, sino que serás la Madre de Dios” (cf. Lc 1, 31-32). Y María, lejos de ensoberbecerse sino con toda humildad, y sin deprimirse o desanimarse por semejante tarea sino confiando en Dios, con la humildad y sencillez que la caracterizó, fue una madre sencilla y fue la Madre de Dios. Y al mismo tiempo, con Cristo en la Cruz, cuando Jesús le dijo: “*He ahí a tu hijo*” (Jn 19, 26), de ahí en adelante María Santísima, la *Theotokos*, la Madre de Dios, pasó a ser nuestra Santa Madre (Declaración dogmática del Concilio de Éfeso, del año 431). La invocamos en este día de las madres como prototipo, pidiéndole por todas nuestras madres, en primer lugar por las aquí presentes, que nos honran con su presencia; por muchas otras, por las que en otras Misas están también hoy dando gracias a Dios; por aquéllas que por un motivo u otro

no pueden ir a Misa, para que Dios y María Santísima también las bendigan, las fortalezcan, y las acompañen. Pedimos también por las madres difuntas, para que Dios las tenga en su santa gloria; y por todas aquéllas que de una u otra manera, a ejemplo de María y de nuestra Santa Madre la Iglesia, ejercieron la maternidad sobre todos nosotros, la humanidad entera, para que Dios las bendiga y se los agradezca; para que al fin de los tiempos nos encontremos todos juntos, no sólo con nuestras madres, no sólo con nuestros hijos, sino especialmente con el Hijo de María, muerto en la Cruz y resucitado por amor a nosotros, Hijo de María y nuestro Salvador. Muchas felicidades, que Dios las bendiga y que así sea.

